

SARA MESA

Cara de pan



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

D.J.57

CARA DE PAN

SARA MESA



ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: julio de 2018

© Sara Mesa, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3975-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

PRIMERA PARTE

EL PARQUE

La primera vez la coge tan desprevenida que se sobresalta al verlo. La niña está apoyada en el tronco del árbol, leyendo una revista, cuando oye sus pasos acercándose, el chasquido de las hojas secas al quebrarse, y después lo ve, de pie delante de ella, quizá un poco turbado pero no sorprendido por encontrarla allí, oculta tras los setos. El viejo pide perdón -¡no quise asustarte!, dice- y después le pregunta qué está leyendo, pero entre una cosa y otra -entre la disculpa y la pregunta- a la niña le da tiempo a reaccionar. Esto, responde mostrándole la revista, una revista para chicas. Quizá así -piensa ella-, al ver esa revista que obviamente no es para niñas, creará que es mayor de lo que es y evitará la temida pregunta -qué haces aquí, a estas horas-, aunque lo cierto es que el viejo se limita a sonreír y a mirar la revista, vacilante. Al principio parece que va a cogerla -sus dedos dudan, se estiran en su dirección-, pero el gesto se deshace y la mano cae a un lado, como muerta. El viejo mira ahora a la niña, otra vez la revista, la niña, el árbol, el pequeño refugio entre los setos, y finalmente habla, y dice: qué cuenta la revista, de qué va. La niña despega la espalda del tronco, se echa hacia delante, hacia sus piernas cruzadas y desnudas. Tiene la piel marcada por el césped seco, pequeñas manchas rojas después de tantas horas sentada en el suelo. Son rollos de chicas, dice. Rollos de música y de videojuegos, y también de películas y de ropa, cotilleos y música, cotilleos sobre cantantes y actores, quiero decir, sus vidas y esos rollos. Yo de eso no entiendo, dice él, pero en sus palabras no se desliza reproche ni desprecio. Yo también leo revistas, dice, ¡pero las mías tratan sobre pájaros! La niña, extrañada, murmura: ¿pájaros?, pensando que quizá, al decir *pájaros*, el viejo se refiere a otra cosa, y que le está lanzando una indirecta. Este pensamiento hace que su desconfianza crezca e incluso llegue a pensar en huir, pero el viejo arranca a hablar de nuevo y lo que dice suena sincero, sin dobleces. No solo sobre pájaros, explica, sino sobre aves en general y animales en general, las revistas específicas de pájaros no son tan fáciles de encontrar y ¡además son caras! Hace tiempo estuvo suscrito a una que ya no existe, le llegaba a su casa todas las semanas, y fue ahí donde aprendió todo lo que sabe sobre pájaros, ¡que es mucho! El viejo habla como un niño -con el ensimismamiento y el entusiasmo de un niño- y la niña lo mira con curiosidad. Por las mañanas, en ese parque -continúa-, no es difícil toparse con alguna

abubilla y también, cada vez más, pueden verse cotorritas de Kramer y hasta tórtolas turcas, ¿ella no se ha fijado? La niña niega con la cabeza. Ni siquiera sabe cómo es una tórtola normal, piensa, cómo va a diferenciarla entonces de una turca, y piensa también: qué hombre más raro. Lo mira sin levantar del todo la cabeza, de soslayo, pues él sigue de pie y ella sentada. Recorre con la vista, desde abajo hasta arriba, los elegantes zapatos de cordones, el pantalón clarito de vestir, la chaqueta a juego -recia a pesar del calor-, la mochila deportiva que le cuelga de un hombro, tan discordante con el resto del atuendo. Observa las manos regordetas y pecosas, la cabeza pequeña y rubia, las gafitas de alambre y el bigote, el pelo en desorden, medio de loco. Le hace gracia, pero no la suficiente como para bajar la guardia. El viejo sigue hablando. Hay especies exóticas que no se veían antes, explica, especies nuevas que al aclimatarse al nuevo entorno se convierten en un peligro para las autóctonas -pero se traba al decir *autóctonas*, tiene que repetir la palabra tres veces hasta que la pronuncia con corrección-. A él eso le da igual, continúa, le gustan todas las especies, las de fuera y las de dentro, no le importa de dónde vengan, ¡son verdaderamente extraordinarias! Se queda pensativo unos segundos y es entonces cuando le cambia la expresión de la cara. Los ojos se le redondean y se agrandan -como si comprendiera algo-, le tiembla levemente la mandíbula. Estoy siendo pesado, dice, y pide perdón por segunda vez. No, no, dice la niña por educación, pero él insiste, apesadumbrado: siempre habla demasiado y, si nadie le avisa, sigue y sigue. Necesita que alguien le avise, añade con desconsuelo, ¡él solo no es capaz de darse cuenta! Mira hacia los lados, inclina bruscamente la cabeza y se despidió de la niña, que ya no sabe qué decir ni qué hacer. Cuando lo ve darse la vuelta y atravesar el seto con torpeza, siente el alivio de quedarse sola de nuevo, aunque de todos modos, piensa, ese hombre no parecía ser ningún problema, no tiene nada que ver con los que se encontró otras veces, los hombres peligrosos.

Más o menos a la misma hora, el viejo reaparece. Ahora la niña piensa que ya no tiene gracia, se le ocurre la idea de que quizá la esté espiando. Sin embargo, la actitud del viejo es tan tímida y respetuosa como el día anterior. Lleva la misma ropa, la misma expresión de asombro y de pudor. Esta vez le pide permiso para sentarse un ratito. Lo hace a la distancia máxima que le permiten las dimensiones del refugio: entre la fila de setos y el árbol no debe de haber más de un par de metros. Con las piernas cruzadas, las manos colocadas sobre sus rodillas, la mira sonriente, respira hondo. ¿Hoy no lees?, pregunta, pero lo pregunta como podría haber preguntado cualquier otra cosa, piensa la niña, para romper el silencio. Ella saca de su mochila un libro, uno de los que le

mandaron comprar en el instituto, y se lo tiende al viejo, que se inclina para recogerlo. ¿Te gusta?, pregunta él mientras lo hojea. Pse. Según. Me distrae. Él vuelve a sonreír. ¿Es que te aburres mucho o qué? No, dice ella. Y luego añade: lo normal, me aburro lo normal.

A él nunca le ha gustado leer. Solo sus revistas de pájaros, dice, o de naturaleza en general. Pero con las novelas se pierde. Siempre que empieza a leer una, se le va la cabeza a otro lado, no porque se distraiga, sino justo al revés, ¡porque se mete demasiado en la historia! Se pega al protagonista, o a cualquier otro personaje, y se imagina que ellos son él, o que él es ellos. No puede evitar modificar la historia, imaginar qué haría él de estar ahí dentro, eligiendo un rumbo u otro por sí mismo. A veces entra en varios personajes al mismo tiempo y se hace un lío tremendo. Cuando se da cuenta, está leyendo sin enterarse. ¡Puede leer páginas enteras sin enterarse de nada, mientras sus pensamientos van por libre! ¿No le pasa eso a ella? La niña se encoge de hombros. A ella tampoco le gusta leer, confiesa.

¿Entonces por qué llevas un libro en la mochila?

Un mirlo se cuele a través del seto, los ve y se larga corriendo a toda prisa, armando un gran revuelo. La aparición del mirlo sirve para que el viejo se distraiga y para que a la niña le dé tiempo a pensar una respuesta digna de una pregunta tan tonta. ¿Por qué lleva un libro en la mochila? No va a mencionar el instituto. Si lo menciona, él le preguntará en qué curso está y hará sus cuentas. Puede decir que es un libro de su hermano. Un libro que cogió prestado del cuarto de su hermano -lo cual tiene su lógica, puesto que su hermano tiene montones de libros y, ahora que no está, ella puede tomar prestados todos los que le dé la gana-. Va a decir justo eso, que el libro es de su hermano, cuando el viejo se levanta, se sacude los restos de césped del pantalón, estira los brazos y las piernas como si le dolieran todas las articulaciones. Uf, se queja, ¡él ya no tiene el cuerpo para sentarse en el suelo como un indio! La niña se pregunta cuántos años tendrá ese viejo que, incomprensiblemente, todavía no le ha preguntado a ella su edad.

Ha pensado en cambiar de escondite, pero no encuentra ninguno tan bueno como ese. Aunque el tronco del árbol es robusto y rugoso, tiene una concavidad bastante lisa en la que puede apoyar cómodamente la espalda. Las ramas están repletas de hojas pequeñas y suaves, de un verde sedoso, que caen hacia los lados formando una especie de cobijo, con sus manchas de luz y de sombra. La niña solo tiene que atravesar el seto por una parte que está más despoblada de lo

normal, lo justo para permitir su paso. Una vez allí dentro, entre el seto y el árbol, basta con sentarse para quedar fuera de la vista de cualquiera, incluso de cualquiera que pasara muy cerca -siempre que no asome la cabeza-. Si alguna vez le entran ganas de orinar puede hacerlo allí mismo, a un lado, pues es casi seguro que nadie la verá. Además, a esas horas, el parque está vacío. Ella llega a eso de las ocho y media, apresurada y cabizbaja, tratando de caminar con desenfado -con ese desenfado que ha observado en las chicas mayores, en las adolescentes-, la mochila a la espalda, las zapatillas arrastradas, los auriculares puestos. Nunca se encuentra con nadie y solo a veces, de lejos, distingue a los operarios de parques y jardines, uniformados y atareados. A las once se come el bocadillo, a la una se aletarga un poco -no lo planea así: simplemente el calor del mediodía la adormila- y a las dos ya está lista para asomar de nuevo y marcharse a su casa. Se cruza con los niños que salen del colegio más próximo -con los niños y sus padres o abuelos de la mano-, pero nadie repara en su presencia: es una niña grande al lado de esos niños, una mayor que ya no necesita que nadie la recoja. Es posible que haya otros refugios en el parque, hay filas y filas de setos que deben de ocultarlos, pero no ha sido capaz de encontrarlos, y tampoco conviene merodear de forma sospechosa. En los primeros días, en otro parque más grande pero también más concurrido, se le acercaron dos hombres que hacían muchas preguntas. Uno de ellos incluso la cogió del brazo, intentó convencerla para que lo acompañase a dar un paseo. También una mujer -una ancianaquiso saber por qué estaba allí, si no la estaban esperando en otro sitio, y si sus padres sabían de esa excursión -*excursión*, aquí, le pareció un término exagerado y malicioso-. La niña decidió buscar este otro parque más tranquilo y apartado, donde nadie le hace preguntas. En ese refugio lleva ya varios días sin más interrupción que la del viejo, que ha aparecido ya dos días seguidos. Pero esto, se dice, que le haya dado por venir dos veces, no significa que lo vaya a hacer todos los días.

Aunque, obviamente, lo hace.

Esta vez, antes de sentarse, saca del bolsillo un pañuelo de tela, lo despliega ceremoniosamente y lo extiende sobre el césped. ¡Es para no mancharme!, dice, pero la niña se fija y ve que está manchado de todos modos, otra vez con ese pantalón clarito, tan inadecuado para pasear por el parque, lleno de polvo y con los bajos que le arrastran renegridos del roce. El viejo está sudando, tiene un mechón de pelo pegado en la frente, y los cristales de las gafas churretosos, además de unos pequeños prismáticos colgados del cuello que le dan un aspecto aún más excéntrico. Sin embargo, a pesar de su desaliño, hay algo en él que le

recuerda a un antiguo vecino que tuvo, un profesor muy distinguido, muy elegante -eso decía su madre: que era muy *distinguido y elegante*-, algo que tiene que ver con la manera en que se recoloca el pelo e incluso con las pecas de sus manos, esa blancura medio pelirroja de la piel, tan rara de encontrar.

¿Qué busca él en ella? ¿Está tratando de acercarse a la cuestión candente? ¿A su edad? ¿Al hecho de que una niña de su edad esté ahí, en el parque, recostada en un árbol a esas horas? Si se trata de eso, el viejo está dando rodeos para atraparla, como los depredadores que avistan sus presas y se toman su tiempo antes de saltar. Puede que esté aspirando a ganarse su confianza para después cazarla por sorpresa.

Esto es lo que la niña piensa en frío, confusamente, pero al tenerlo allí, al observarlo con detenimiento, no lo tiene tan claro. Puede que sea solo un tipo que se aburre, uno de esos prejubilados que no saben bien qué hacer con su tiempo libre, un pelmazo, un blandengue, incluso un viejo verde. Pero no un delator. No tiene pinta de estar en su contra.

El viejo pone un dedo sobre sus labios y cierra los ojos. Se concentra en escuchar el canto de un pájaro que los ha sobrevolado. La niña guarda silencio, espera con el corazón en vilo. Un petirrojo, anuncia el viejo al fin, triunfante.

A ella le molesta que se tome tantas libertades. Aquel era su sitio, su sitio en exclusiva, ¿es que no hay más sitios en el parque?

Al día siguiente le lleva una toalla. Una toalla finita, vieja y áspera, de color beige y con grecas marrones en los lados. Cuando la saca de la mochila para ofrecérsela, a la niña le llega el olor a detergente barato. Así no tendrás que tumbarte en el suelo, dice el viejo, hay muchos bichillos, ¡y el césped pica! La niña coge la toalla con recelo. Lo cierto es que había pensado pillar una de su casa, pero su madre es tan organizada y tiene una cabeza tan infalible que la echaría en falta de inmediato. Además, en su familia no usan toallas así de finitas y viejas. Todas son mullidas, muy grandes y suaves, *algodonciénporcién* -como siempre dice su madre-, igual que las sábanas *algodonciénporcién* y la ropa interior *algodonciénporcién*: son las mejores, pero a la niña no le valen porque abultan demasiado para esconderlas en la mochila. Así que da las gracias, aunque murmura: no me la puedo llevar a casa. ¿Por qué?, pregunta el viejo, ¿por qué no te la puedes llevar a casa? Mi madre preguntaría de dónde la he sacado, responde ella, ¡es tan obvio! El viejo alza una ceja con escepticismo, como si no comprendiera del todo. ¡Pues dile la verdad!, dile que te la he regalado yo, no creerá que la has robado, ¿no? La niña lo mira en silencio, con la

toalla aún en la mano, arrastrando hacia el suelo, y él, también de pie, le devuelve la mirada extrañado, pues ha debido de notar un cambio en ella, la distancia de la cautela. ¿Qué pasa?, dice al fin. ¿He hecho algo mal? La niña sacude la cabeza. No, no, es solo que no le gusta que se preocupen por ella. ¿Por qué? ¿Qué hay de malo en preocuparse por los demás? La niña no responde. Extiende la toalla y se sienta en el centro, sin dejar espacio para el viejo. Él se sienta a su vez en su ridículo pañuelito, lo más lejos posible. ¿Espera el viejo que ella lo invite a sentarse a su lado, en la toalla, codo con codo, como dos amigos que estuviesen de pícnic? ¿Es descortés con él si no lo hace? Está tan aturdida que ya no sabe qué es lo correcto: ni lo correcto en general ni lo correcto para ella, en ese momento.

El viejo le pregunta si ya no lee revistas, y ella dice hoy no. Si le gustan los animales, y ella dice pse. Si le gusta la música, y ella dice pues claro. Le pregunta qué tipo de música, y ella responde no lo sé. Le pregunta si quiere que se vaya, y ella le dice me da igual. Entonces él se calla, el silencio se agranda y todo se remansa: hasta el lejano rumor de una cortacésped se corta, bruscamente. La niña siente sobre sí todo el peso de la incertidumbre, levanta la mirada y lo escruta. Por primera vez, se detiene en su rostro y se fija en los ojos azules, diminutos tras las gafas, y en el fino bigote curvado levemente hacia arriba -tan antiguo, piensa ella, pues nadie lleva bigotes así hoy día-. Debe de ser una mirada dura, la de ella, porque el viejo no es capaz de sostenerla. Baja la cabeza, coge impulso con los brazos y se levanta. Recoge su pañuelo, lo dobla con esmero y se lo mete en el bolsillo del pantalón. Una toalla vieja es una toalla vieja, dice, ¡no debería ser un inconveniente! Él la trajo para ayudarla, no para crearle un problema. Suspira, apesadumbrado. ¡Otra vez ha vuelto a ser pesado!, dice. ¿Por qué se mete donde no le llaman? La niña no sabe ahora qué hacer. Lo mira con inquietud, le pregunta si quiere que le devuelva la toalla. ¡Sí, claro, ya que tú no la quieres!, responde él. La niña se la entrega y él la guarda en la mochila, de cualquier manera, apretándola para que quepa entre el resto de sus cosas. ¡He sido un pesado!, repite varias veces, y después, en voz más baja: solo era una toalla.

Cuando se marcha, la niña vuelve a tumbarse -ahora directamente en el césped- y mira al cielo, pensativa. ¿Se ha enfadado él? ¿La va a denunciar? ¿Qué debía haber hecho para evitarlo? ¿No contrariarlo? ¿Aceptar su absurdo regalo, esa toalla vieja que huele a mil lavados? ¿Había necesidad de ser maleducada?

El azul recortado por el verde del árbol cambia de posición, se adelanta a la silueta de las hojas. Hay un reborde rojo en cada rama; por no pestañear, la luz le

quema ahora las pupilas. Aguanta todo lo que puede con los ojos abiertos. Después, aprieta los párpados y juega a perseguir manchitas de colores. En su retina está también la imagen del viejo. No es fácil espantarla. Es un viejo muy raro.

Es casi mediodía cuando aparece. Aunque una parte de ella ya estaba celebrando habérselo quitado por fin de la vista, otra, más oculta e incomprensible, se alegra de su llegada. El viejo está azorado, como si ya no esperara encontrarla allí, como si fuese otra vez una novedad, o un descubrimiento. ¡Pensé que ya no vendrías más!, le dice. Vine a buscarte ayer y anteayer, pero no te encontré, ¡pensé que seguías enfadada! ¿Enfadada? La niña tarda un rato en comprender, hasta que todo encaja. El viejo no tuvo en cuenta que era fin de semana. Ella no va hasta allí los sábados ni los domingos, no hace falta esconderse esos días. Si el viejo no lo ha deducido ya, es que efectivamente no sospecha lo más mínimo. Este razonamiento, más que tranquilizarla, le ofende un poco. ¿Así que no era necesario disimular? ¡Menudo imbécil! Se envalentona, habla con desparpajo, ya sin desconfianza. Los fines de semana no vengo, dice. Ah, bueno, murmura él, ¿y eso por qué? La niña clava su mirada en los ojos del viejo, enanos tras sus gafas. Porque no hay instituto, dice. El viejo se rasca la cabeza, aún sin entender. Ella se ve obligada a continuar, casi con rabia: en vez de ir al instituto, vengo aquí. Él despega los labios, como si fuese a decir algo que luego -al pensarlo mejor- no dice. Le pide permiso para sentarse. Ella asiente.

El viejo ocupa su lugar muy despacio, sobre la toalla que ha vuelto a traer, pero que ahora no le ofrece. Cruza las piernas con dificultad y reflexiona. Nos vemos aquí porque faltas a clase, dice al fin, y también: ¡puede que no sea bueno! ¿El qué?, pregunta ella, y piensa, sin decirlo: ¿qué es lo que no es bueno? ¿Faltar a clase o que ellos dos se vean cada mañana? No necesito ir al instituto, dice. Las cosas que enseñan allí, esas cosas en concreto, no las necesito, o mejor dicho no necesito que me las enseñen, puedo aprenderlas por mí misma: todas las cosas, todas, están ya en internet y en los libros. El viejo le pregunta hasta qué edad tiene uno que ir al instituto. Ella traga saliva. ¿Cambia eso las cosas, que el viejo lo sepa o no? Es obligatorio hasta los dieciséis, dice. En realidad, hasta los quince: el día en que uno cumple dieciséis puede irse si quiere. ¿Y tú?, pregunta él, ¿cuántos años tienes?

La niña duda unos segundos entre mentir o arriesgarse con la verdad, y elige la verdad, o la media verdad. Catorce, dice al fin: tengo catorce. Él la mira como

si no la creyera; ella se siente desenmascarada. Casi catorce, matiza. *Casi, casi*, murmura el viejo, moviendo la cabeza hacia los lados. Había creído que era algo mayor, ¡pero catorce! De hecho, ni siquiera catorce, sino casi-catorce, casi... ¿Cómo te llamas? La niña dice su nombre y él mueve la cabeza otra vez. Un nombre bonito, sí, ¡bonito de verdad!, pero ella lo interrumpe: yo odio mi nombre. Ah, pues entonces no hay nada más que hablar, si a ella no le gusta no tienen por qué usarlo. Puede llamarla Casi, si le parece bien. Casi dice: sí, le parece bien. Una antigua vecina se llamaba así, una mujer mayor que le regalaba caramelos cuando se la cruzaba por las escaleras -los llevaba en los bolsillos del delantal, siempre abultados-. Eso fue antes de mudarse a la casa, cuando Casi tenía muchos menos de catorce y vivían en un bloque de pisos lleno de gente con la que pararse a hablar. El nombre de su vecina era Casimira o Casilda; Casi no lo recuerda bien, pero era un nombre espantoso, nombre de vieja. Sin embargo, Casi, Casi por sí mismo, Casi de Casi-catorce, suena bien, es ingenioso, es como un nombre secreto que se le ha ocurrido al viejo para ella, a ese mismo viejo que ahora se pone la mano sobre el pecho y, en justa correspondencia, asegura, jurando con la solemnidad de un caballero, decir la verdad y toda la verdad: su nombre completo -su nombre y apellidos- y su edad -cincuenta y cuatro años-. Cin-cuen-ta-y-cua-tro, repite riendo, cantarín, no *casi* sino cincuenta y cuatro *ya*, fíjate qué viejo soy. Casi ríe también, disimulando, porque ella se hubiese creído cualquier edad que le dijera, igual cuarenta y cuatro que sesenta y cuatro, para ella ese hombre es un viejo y los viejos tienen edades tan variables como inverosímiles. ¿Puede ella llamarlo así, Viejo? Claro, claro, sigue riendo él. Casi y Viejo, por qué no.

¿Viejo, te vas a chivar?, pregunta Casi, y *viejo* no suena en absoluto como un insulto, sino más bien al revés: cómplice y delicado. Él la mira sin pestañear: ¿chivarme de qué?, dice, y Casi no sabe si está de broma o lo dice en serio, ¿es que ese viejo no entiende nada? De todos modos aparento dieciséis, cuando alguien me ha preguntado he dicho que tengo dieciséis y siempre me han creído, ¡tú mismo, Viejo, pensabas que era mayor de lo que soy! (Aunque no es cierto que nadie le haya preguntado la edad, ni es cierto que crea aparentar más años de los que tiene, ni es cierta la seguridad con que se jacta de su aspecto, del que en realidad tiene tantas dudas.)

A mediados de octubre el tiempo es variable; por la mañana temprano, cuando Casi llega, todavía hace fresco y del césped mojado se desprende un olor más fragante, casi dulzón, que con el paso de las horas se disipa y se seca. Pero a

partir de las doce, como hoy, hace incluso calor, y a Casi le sudan las corvas de pasar tantas horas con las piernas flexionadas. El Viejo atraviesa el seto -lo atraviesa medio encorvado, y después, tras cruzarlo, las ramitas se cierran a su espalda-, y la mira con los ojos brillantes, contento de encontrarla, como si cada vez su mera presencia fuese un formidable regalo. Mira, te traigo algo, dice.

Con la torpeza de los nervios, se saca del bolsillo de la chaqueta unos auriculares, los desenrolla, los enchufa en un móvil y se concentra en apretar las teclas, muy despacio. Escucha, dice al fin, y le pasa los auriculares, que ella se coloca en las orejas de inmediato.

Lo que sale del cable es una voz de mujer clara y grave, una voz ambigua, ligeramente masculina, estruendosa, pero con el estruendo limpio de una ola que se estrellara contra un malecón, una voz que la envuelve y la lleva hacia arriba y luego hacia abajo, y de fondo un saxo, o una trompeta -eso Casi no lo sabe-, un instrumento de viento que se entremezcla con la voz, trenzándose con ella, instrumento con voz y voz con instrumento, subiendo y bajando como si compitieran o como si bailaran. Ella cierra los ojos, escucha, escucha con muchísima atención, aunque sin olvidarse del todo de que el Viejo la está mirando. Cuando la canción sube y sube y sube y finalmente se rompe antes de caer de golpe y acabar, le devuelve los auriculares y dice: qué bonito. El Viejo asiente, sonrío, le da las gracias. Él le da las gracias a ella, y no al revés, piensa Casi: qué extraño todo.

Nina Simone, murmura el Viejo, esa es Nina Simone, pero Casi jamás ha oído ese nombre. Es posible que lo que más le guste en el mundo, dice el Viejo, después de los pájaros, o en la misma medida que los pájaros, sea la voz de esa mujer, lo cual, si uno lo piensa bien, viene a ser prácticamente la misma cosa. Era una mujer singular, le explica, toda su vida luchó por los suyos, pero no siempre fue bien comprendida, y cuando Casi le pregunta quiénes eran *los suyos*, el Viejo dice: ¡los negros! A Casi le ha gustado la canción, no le importaría nada escucharla otra vez, pero no le interesa tanto la historia que el Viejo le está largando ahora, llena de fechas y nombres y más fechas y nombres que consiguen que su atención se vaya irremediamente hacia otra parte. Nina Simone, dice el Viejo, era un nombre artístico, del mismo modo que ellos se han puesto los suyos, Casi y Viejo, para escapar del nombre real, que es una cárcel. Cuando Nina era una niña que se llamaba Eunice estaban en vigor las leyes de Jim Crown -*yimcraun*, repite Casi-: separados pero iguales o cada uno por su lado, explica el Viejo, es decir, que blancos por aquí y negros por allá, nada de mezclas, pero allá que iba la pequeña Eunice todos los días a un barrio de

blancos para asistir a sus clases de piano, todos los santos días recibiendo los insultos de la gente y las pedradas de la gente -¿pues qué se creía esa mona pisando sus blancas aceras?-, y aun así seguía yendo, era valiente, ¡sí que le gustaba la música de verdad!

Casi, a la que nadie insulta por la calle ni mucho menos le lanza pedradas, pero que ha decidido no volver a pisar el instituto -quizá, más que por valentía, por falta de ella-, se limita a sonreír y ofrece patatas fritas al Viejo, pues ha comprado una bolsa grande y todavía quedan algunas en el fondo. El Viejo mete la mano y atrapa los trocitos con los dedos, que después se relame con mucha educación y delicadeza, no como hace Casi cuando nadie la ve, que es casi siempre. Entre ellos se extiende el olorcillo del *sabor a jamón*; a Casi le gusta que haya aceptado las patatas y que se las coma sin hablar, concentrado en que las migas no se le caigan en el pantalón. Uf, están muy ricas, dice al terminar, pero dan sed, ¿no le dan a ella sed esas patatas? Casi le explica que cuando tiene sed sale un momento del escondrijo y rellena la botellita de agua en una fuente que hay a menos de diez metros; el problema es que a esa hora, a partir de la una más o menos, el agua sale recalentada porque a la fuente le pega el sol de pleno. El Viejo se ofrece a traerle agua fresca, o un refresco, lo que ella prefiera, y Casi recuerda a sus padres diciéndole que nunca, jamás, bajo ningún concepto, debe aceptar regalos de desconocidos, aunque luego se dice que el agua no es exactamente un regalo, y que ese hombre ya no es exactamente un desconocido, y también, sobre todo, que él aceptó con amabilidad sus patatas, por lo que ella no puede mostrarse ahora desconfiada ni desagradecida, así que dice: sí, vale. Pero ¿agua o refresco, qué prefieres? Agua, agua. El Viejo se levanta, desaparece tras el seto y vuelve a los quince minutos con una botella de agua fría y dos bolsas más de patatas, una para cada uno.

A Nina, continúa, cuando ya era famosa y ganaba un montón de dinero, la acusaron de evasión fiscal y tuvo que marcharse de su país, ¡esa fue la manera en que los Estados Unidos se deshicieron de ella! ¿Qué significa evasión fiscal?, pregunta Casi, y para explicárselo el Viejo le habla de los impuestos -de la rebeldía que supone negarse a pagar ciertos impuestos-. ¿Es aceptable no pagar al Estado si el Estado hace cosas malas con nuestro dinero como, por ejemplo, matar gente? Casi ha escuchado a sus padres hablar de los impuestos y cree que hay que pagarlos obligatoriamente, porque si no te pueden meter en la cárcel. Pero ¿y si el dinero de los impuestos se utiliza para financiar una guerra?, insiste el Viejo. Nina no quería colaborar con el desastre de Vietnam, dice, ¡por eso se negó a pagar! Claro, reflexiona Casi, entonces es diferente, aunque no recuerda

qué es eso del *desastre de Vietnam* -¿lo estudió en el colegio?... , si es así, ¡lo ha olvidado!

¿Pagas impuestos tú?, pregunta, con cautela. ¿Yo? El Viejo ríe. Él no trabaja, dice, hace ya años que no trabaja, por eso confunde los días, nunca sabe cuándo es lunes o cuándo es domingo, ¡solo se entera cuando va a comprar y se encuentra las tiendas cerradas! ¿Estás en paro?, pregunta Casi. No, no exactamente, no ha dicho que no tenga trabajo, sino que no trabaja, no es lo mismo, el que está en paro se supone que busca cambiar su situación, y él ya no busca nada, ¡simplemente no trabaja! Ella querría preguntarle entonces de qué vive, con qué dinero ha comprado las patatas y el agua, pero, después de todo, el modo en que la gente se las arregla para subsistir sin salario no es de su incumbencia, y sus padres le han enseñado a ser discreta y no hacer nunca preguntas personales. Así que se calla y sigue escuchándolo hablar de su Nina y todo lo que tuvo que sufrir en la vida, incluida la violencia de un mal hombre que nunca la quiso realmente y al que él, el Viejo, maldice por no haber estado a la altura de su diosa.

La costumbre ahora es compartir alguna chuchería, algún refresco. El Viejo habla solamente de pájaros o de Nina Simone, pronuncia nombres en latín -científicos, dice él, como *turdus merula*, *sturnus unicolor* y *apus apus*- o en otras lenguas -Miriam Makeba, Simone Signoret, Nelson Mandela-. Le deja sus prismáticos para que observe el cielo y le enseña cómo identificar los pájaros que pasan, desde los humildes y pardos gorriones hasta las distinguidas lavanderas de cola larga. Le ha llevado revistas ornitológicas y una guía elemental de pastas duras, y también le presta su móvil para que escuche otras canciones de Nina Simone y vea sus fotografías: Nina pensativa, fumando, con un pañuelo de colores en la cabeza; Nina de perfil con enormes argollas de plata; Nina con su Lina de pequeña, las dos peinadas con complicados recogidos hechos con trencitas; Nina al piano y Nina cantando; Nina de joven y Nina de mayor; Nina con brillantes en las cejas y en las pestañas; Nina la de la mirada felizmente intensa y la de la mirada tormentosa. Ya le ha contado su vida al completo, desde su infancia hasta su muerte. A pesar de que se repite muchísimo y casi siempre la aburre, Casi no quiere interrumpirlo porque él mismo se interrumpe, inesperadamente, cuando se da cuenta *de que está siendo pesado*. Casi, tienes que avisarme, le ruega muy serio y muy entristecido, no quiero ser un plasta, ¡lo peor en esta vida es ser un plasta!, pero es cierto, piensa Casi, que es un poco plasta, aunque sea un plasta a la vez divertido, no por lo que cuenta

sino por la forma de contarlo: sus gestos rápidos, la mirada resplandeciente, la manera en que se pasa la mano por el pelo y luego el pelo se le queda hacia arriba, como un loco. Déjame que te limpie las gafas, Viejo, le dice ella, y lo hace con esmero, observando de reojo su rostro desnudo, los ojos de un azul gastado, más grandes y más desprotegidos sin los cristales, los párpados caídos, ligeramente hinchados, moraditos. Él nunca le pregunta por su vida, no la presiona para que cuente nada y se marcha tan bruscamente como llega, con una pizca de apuro y de vergüenza. Ella agradece esta discreción, la manera que tiene el Viejo de situarse a su nivel y no indagar, tan impropia de los adultos. Sin embargo, echa también de menos que se interese por ella, que muestre curiosidad por su vida más allá de los límites del seto. Tal vez por eso, sin objetivo alguno, se lanza a inventar y mentir, y le cuenta que sabe hacer montones de cosas que no hace: patinar, bailar, tocar el violín, hablar francés. En los veranos, dice, sus padres alquilan una casa enorme a pie de playa, enorme y destartalada, y llevan allí una vida también destartalada, con multitud de visitas que llegan sin avisar y se marchan también sin avisar. Sus padres le dejan muchísima libertad, ella puede entrar y salir sin que investiguen, levantarse a la hora que le dé la gana -o no levantarse-, comer lo que le apetezca -o no comer-. Por las noches le está permitido sentarse con los mayores, incluso puede beber alguna copa de vez en cuando. Su padre es un médico muy reputado y su madre es actriz de teatro; los dos tienen amigos sofisticados y extravagantes. Uno de estos amigos, un hombre de treinta y tantos, intentó seducirla una madrugada. Ella se negó firmemente y él lo entendió, hizo sus cuentas y le prometió que la esperaría cinco años, hasta que fuese mayor de edad. En las vacaciones de invierno, cuando en la casa de la playa no se puede estar -pues es una costa inhóspita, barrida por el viento-, preparan sus maletas y se van de viaje por el mundo. Turquía, Taiwán, la India, Japón... Sus destinos siempre son tan lejanos como exóticos.

Que todo son invenciones se va desvelando paulatinamente. Deja de mentir por pereza. La realidad se impone y a ella se le agota la energía para seguir fabulando. Sin reconocerlo abiertamente, la verdadera Casi se va abriendo camino ante la irritante Casi falsa. La Casi de clase media, con padres que tratan de hacerlo lo mejor posible, sus veraneos normales y en familia; la Casi solitaria, acomplejada y torpe; la Casi rabiosa, injusta con su entorno, maleducada a veces; la Casi incomprendida; la Casi sin oyentes, salvo ahora que al menos ha encontrado a ese hombre, al Viejo que solo habla de pájaros y de Nina Simone, y que nunca miente.

Siempre está la amenaza de los operarios, que rondan a diario por el parque, haciendo una cosa u otra. Los que llevan uniforme naranja se dedican a la remodelación del estanque de los patos. Destruyeron la fuente y ahora construyen otra, más fea pero -al parecer- más segura. Luego están los del uniforme verde, que son los jardineros, y que arman un gran ruido con las máquinas cortacésped, las recortadoras de setos y las desbrozadoras. Por último, los de amarillo se dedican a la limpieza. Barren de hojas las avenidas principales y vacían las papeleras puntualmente. Todos -los de naranja, los de verde, los de amarillo- trabajan con mucha seriedad y apenas se permiten un descanso. Casi los ve al llegar, recién llegados ellos también, y evita mirarlos a la cara cuando se cruzan. Todos son hombres y todos le causan un profundo respeto, pero no exactamente por ser hombres, sino por lo que puedan pensar cuando la vean allí -sola o acompañada-. Al oírlos al otro lado del seto, contiene la respiración hasta que se alejan. Alguna vez le llegan ráfagas de sus conversaciones. Uno se queja de su mujer. Otro dice que acaba de tener un nieto. Muchos hablan de fútbol. Y luego hay frases sueltas que tomadas así, aisladamente, resultan desconcertantes: «Un buen hachazo y se esconde debajo de la alfombra», por ejemplo. O: «A mí me pone nervioso la moda esa de las galletas, qué quieres que te diga.» A Casi le preocupa que pasen cerca, especialmente cuando está allí el Viejo. Que los oigan hablar, o reírse. No debería haber nada raro en que esté allí sentada charlando con quien le apetezca -un amigo que bien podría ser su tío o su padre-, pero aun así comprende que es mejor ocultarlo.

Un día en que los dos se han puesto de pie para despedirse, pasa muy cerca uno de naranja y se queda mirándolos de arriba abajo con suspicacia. Luego continúa su camino más despacio, volviendo la vista atrás de vez en cuando. Casi comprende que su situación pende de un hilo, que tarde o temprano alguien se presentará y preguntará, pero esta sensación de precariedad, más que asustarla, le concede un estatus, un lugar preferente al lado de su amigo, y la une a él, pues ambos comparten ya un secreto.

Jamás hubiese dicho que hay tantos pájaros distintos en los parques de la ciudad. ¡Pero es solo cuestión de estar atentos! ¡De entrenar la mirada! El Viejo se los va apuntando en un cuaderno, con su letra picuda y cuidadosa, de otro siglo: 1. Mirlos, que como puede ver hay por todas partes; 2. Estorninos, ojo, porque imitan el canto de otras aves y confunden; 3. Petirrojos, conocidos por la rapidez con que montan su nido -¡un jardinero dejó colgada su chaqueta a las

nueve de la mañana y la recogió a la una de la tarde con uno en el bolsillo!-; 4. Herrerillos, útiles como insecticidas naturales, ¡se lo comen todo!; 5. Verdecillos, y su estridente canto inconfundible, ¡hay pocos, pero se hacen oír!; 6. Mosquiteros, ¡tan pequeños y difíciles de ver!; 7. Lavanderas, blancas y boyeras, siempre cerca del agua, cómo no; 8. Jilgueros, uno de ellos le arrancó a Jesucristo las espinas de la frente; 9. Vencejos, tan resistentes que duermen mientras vuelan... ¿Sigo? Mañana más, Viejo, que son muchos, dice ella.

Lleva en su móvil una aplicación para identificar especies a través de sus cantos. Es muy entretenido, le dice, vamos al nivel 1, y pulsa: trepador azul, martín pescador, petirrojo, pinzón, corneja, lavandera, paloma torcaz, pico picapinos, verderón. Luego se los pone desordenados: Pi-pi-pi-prrrrr... ¡Martín pescador! ¡Bien! Prii-prii-prii... ¡Lavandera! ¡Bravo! Cracruaa-cra-cruaa-cra... ¿Paloma torcaz? No, no, escucha de nuevo: Cra-cruaa-cra-cruaa-cra... ¿Picapinos? ¡Que no! ¿Cómo va a ser un picapinos? El canto del picapinos es mucho más agudo, no tiene nada que ver. ¿Una vez más? A Casi le duele la cabeza, pero lo intenta. ¿Verderón? No, no y no. Es una corneja, escucha bien, ¡es inconfundible! Pero Casi se aburre, se satura, todos los cantos le parecen iguales, piadas y graznidos, qué más da. Se siente como cuando la examinan en el instituto, tratando de memorizar datos que no le importan en absoluto, con la diferencia de que aquí el entusiasmo del examinador -del Viejo- parece auténtico, y su paciencia, grande. Así que se esfuerza, repite, lo consigue, pasa al nivel 2: alondra, calandria, cogujada, abejaruco, somormujo y avoceta. Empieza a picarse, a cogerle el gusto, ya no se trata únicamente de no defraudarle, sino de ganar. Cuando en solo tres días logra acertar todos a la primera se deja llevar por un orgullo tonto, sonríe feliz, le propone pasar al nivel 3, desordenar todos los niveles.

Hay algo en la manera de hablar del Viejo que Casi, instintivamente, percibe como anormal. Para empezar, no controla el volumen como debiera: a veces habla en susurros y ella tiene que pedirle que repita sus palabras -con la falsa sensación de que le está revelando un secreto, pero no-; otras, su voz se eleva inopinadamente y grita, con el riesgo de llamar la atención de los operarios. Esos altibajos no tienen nada que ver con su estado de ánimo: no habla así porque esté nervioso o enfadado, ni porque quiera dar órdenes o recibirlas. Con los días, comprende que esa es, simplemente, su forma de expresarse: anómala, chirriante a veces, que podría hasta tomarse por maleducada si uno no está acostumbrado a ella. Casi, le dice él por ejemplo, podríamos jugar hoy a identificar pájaros, y después, gritando: ¡he traído grabaciones nuevas! El efecto, piensa ella, sería

totalmente distinto si lo dijera al revés: Casi, ¿podríamos jugar hoy a identificar pájaros!, y después, susurrando: he traído grabaciones nuevas. Por eso Casi aprende a no buscar interpretaciones en aquello que dice ni en el tono que usa para decirlo, y trata de centrarse solamente en lo que dice, en las palabras desnudas y en sus efectos inmediatos. Las rarezas del Viejo, piensa Casi, son inofensivas, por desconcertantes que resulten, como desconcertante es, por ejemplo, el contraste entre su rostro de frente y su rostro de perfil, el primero de apariencia inocente y hasta bobalicona, el segundo introspectivo y sabio, como si pertenecieran a dos caras diferentes de dos hombres diferentes.

Siempre va con el mismo traje, sus buenos zapatos, calcetines de hilo: son prendas de excelente calidad, esto hasta Casi, con sus rudimentarios conocimientos del asunto, es capaz de verlo. En los últimos días le ha dado por ponerse un pañuelo estampado en el bolsillo frontal de la chaqueta, dejando que asome, premeditadamente, un solo triangulito, cuidado y perfecto. A pesar de la suciedad de los puños de la camisa y de los bajos del pantalón, el Viejo pone un claro esmero en su atuendo, no deja nada al azar. Ahora que ha empezado a refrescar trae también un abrigo que le queda grande, marrón oscuro, de corte anticuado. Es un abrigo que le ha acompañado en los últimos veinte años, le dice. Toca, toca, le pide acercando una manga. ¡Paño del bueno, del que ya no se hace!

A su lado, Casi sabe que no es elegante. Para ella, la ropa es solo un medio de tapar lo que no le gusta. Suele ir con prendas deportivas un par de tallas por encima de lo que le corresponde. Los cambios de su cuerpo la avergüenzan y trata de disimularlos. Preferiría ser un chico, dice. Los chicos no están pendientes todo el tiempo de su anatomía, nadie hace comentarios a su paso sobre si les ha crecido esto o aquello. Aunque para ella lo peor son los ataques de las otras chicas, las supuestas amigas impuestas por toda una confabulación de adultos que las obligan a estar juntas: esa cruel competición entre ellas para ver cuál está más buena. A Casi no le supone ningún problema hablar de estos asuntos con el Viejo, aunque no va a admitir sus verdaderos complejos, que no tienen que ver exactamente con crecer, como le ha dicho a él, sino con su gordura, los granos en los brazos y la cara de pan. Ella no supo que tenía cara de pan hasta el año pasado, cuando Marga se lo dijo delante de las demás niñas, y todas rieron espontáneamente, sin maldad, de modo que no había lugar para el enfado -porque era un comentario cariñoso- ni para otra reacción que no fuese también su propia risa -fingida- y el escrutinio posterior en el espejo. ¿Qué es en

concreto una cara de pan? Hay montones de panes posibles, desde bollos bien gordos hasta *baguettes* finitas, y sin embargo ella intuye que cuando Marga le dice *cara de pan* se refiere más bien a lo primero -la cara redonda, fofa y blanca; la cara como símbolo de todo un cuerpo, de toda una entidad-. ¿Por qué se siente tan humillada, tanto que no se atreve a contárselo a nadie? Marga tiene motes para todo el mundo, motes relacionados siempre con la comida, y nadie parece tomárselo tan a pecho como Casi: la *espagueti* -Patri, la canija-, la *berenjena* -Lola, que es negra y gorda-, la *escarola* -Lidia, por su pelo corto y rizado-, *plato de lentejas* -David, el pelirrojo-, *minilimoncitos* -Lidia, la de las tetas chicas-, el *choco* -Rubén, por lo alto y desgarrado-. ¿Por qué *cara de pan* es peor, por qué le duele tanto?

El tiempo sin el Viejo se hace largo, las horas tensas, tan llenas de minutos, tan iguales las unas a las otras. Pero es precisamente el exceso de tiempo lo que la ayuda a diferenciar matices, a observar que cada momento tiene una luz determinada, un sonido y hasta un olor peculiar. Hay cambios continuos, cambios que antes le pasaban desapercibidos -aparentemente insignificantes, diminutos-, pero que ahora son relevantes y hasta asombrosos. Casi los registra con minuciosidad, con verdadero interés: el nacimiento y la destrucción de un hormiguero, la aparición de un nuevo tipo de insecto propio de la humedad, el musgo acumulándose en el tronco del olmo siberiano -ahora sabe, el Viejo se lo dijo, qué especie de árbol es-, extendiéndose hacia arriba como el perfil de un mapa, las transformaciones en la tonalidad y la espesura del césped, el abigarramiento de las nubes y su velocidad ahora mayor, empujadas por un viento más frío, más constante. A veces se abisma en la contemplación de un cachito de tierra, un microscópico ecosistema con su minúscula fauna y su minúscula flora, sus simas y sus valles, y se imagina viviendo ahí, escondida ahí, protegida y feliz.

Es peor cuando se pone a pensar en su vida más allá de los setos y aún más cuando hace cuentas y le sale que lleva ya casi un mes faltando a clase. En el fondo, sabe que cada cambio -la aparición o destrucción de un hormiguero, cada bicho nuevo o el avance del musgo por el tronco- es una muesca en el camino hacia el final. Entonces se le forma un vacío en el estómago, le sudan las palmas de las manos, le flaquean las piernas y un extraño cosquilleo se apodera de sus pies.

Solo el Viejo consigue sacarla de este estado, con su conversación o con su mera presencia.

También el Viejo tiene sus altibajos, aunque la mayor parte de las veces charla incansablemente, hilando unas con otras sus historias sobre el comportamiento de los pájaros, un comportamiento inteligente, artificioso, taimado, retorcido incluso..., ¡no hay que idealizarlos! Los alcaudones, por ejemplo, son unos grandes embusteros. Fingen llamadas de alarma para comerse las provisiones de sus compañeros cuando huyen despavoridos. Otros tramposos son los cucos, que ponen sus huevos en nidos ajenos y consiguen que los polluelos sean alimentados por padres adoptivos ignorantes del engaño, ¡a pesar de que los intrusos pueden llegar a doblarles el tamaño! Los chotacabras simulan tener el ala rota para atraer la atención de los zorros y así alejarlos de sus nidos. Y los colibríes, tan vistosos, dulces y coloridos, son extremadamente promiscuos, ¡están todos tan locos! Casi escucha con atención, trata de extraer la lección que supuestamente se esconde detrás de cada historia, pues siempre le han enseñado a interpretar así las historias: desechando la narración para buscar la moraleja que contienen.

Pero el Viejo no siempre tiene ganas de hablar. Últimamente la observa con muchísimo interés, como si se estuviese convirtiendo en un pájaro más objeto de su estudio. A veces se queda callado y se limita a contemplarla con los ojos tristes y una sonrisa anhelante, como si estuviese buscando las palabras adecuadas para decirle algo, palabras que finalmente no encuentra. A Casi la inquieta verlo así. Piensa que es culpa suya por no interpretar como debiera las historias que le cuenta. Se siente torpe, poco interesante, aburrida. Sin embargo, él sigue visitándola todas las mañanas, se queda allí cada vez más tiempo, lo que comenzó siendo unos minutos, media hora, es ya una hora, dos o tres.

Claramente el Viejo busca algo en ella, aunque Casi no sea capaz -al menos de momento- de dárselo.

¿No te gustan otros animales, otras cantantes? Casi le preguntó a su padre si conocía a Nina Simone, y él le dijo que sí, por supuesto que sí, aunque de esa misma época prefería a Aretha... Holiday o a Billie... Franklin -se ha esforzado por memorizar los nombres, pero al decirlos sabe que está cometiendo algún error, y va bajando la voz según habla-. En todo caso, habiendo otras cantantes igual de buenas o incluso mejores, habiendo otros muchos animales por el mundo, ¿por qué centrarse solo en Nina Simone o solo en los pájaros? El Viejo medita unos segundos antes de contestar, para confesar finalmente que no lo sabe. Él siempre ha sido así, dice, cabezota y obsesivo. Si le da por algo, ¡le da

por algo! Y cuando una cosa -cualquier cosa- se mira muy de cerca, siempre se acaba amándola. Casi no está muy convencida de su argumento. Algunas cosas, dice, miradas tan de cerca resultan espantosas. Cuando ella ha puesto bajo la lente de un microscopio algún insecto, o incluso su propia piel, lo que veía era monstruoso, como sacado de una pesadilla. Ríe al decirlo, pero el Viejo no sigue ahora la conversación: se ha quedado callado, tamborileando con los dedos en su rodilla, y un pequeño tic en la comisura de los labios, como si se esforzara en reprimir una risa nerviosa. Al cabo de un rato le pregunta si le ha hablado a su padre de él. Ella se apresura a negar: no, claro que no, solo le preguntó si le gustaba Nina Simone, solo eso. Su padre se quedó algo extrañado de que la conociera, eso sí. Que conociera tantos detalles de su vida, quiere decir, porque Casi le estuvo contando los que recordaba. Así que, para disimular, le dijo que todo lo había aprendido en el instituto. Y él no solo se lo tragó, sino que se quedó muy satisfecho. Felicita de mi parte a tu profesora de música, le dijo.

El Viejo cierra los ojos, se frota el entrecejo con el dedo pulgar. Cuando arranca a hablar lo hace así, con los ojos apretados, el entrecejo fruncido, el pulgar arriba y abajo, y su voz es más metálica, más áspera que de costumbre. Siempre, todo el mundo, lo oculta, dice. Siempre, todo el mundo, repite. Ella no entiende; balbucea una pregunta. ¿Ocultar qué? ¿A qué se refiere? El Viejo va subiendo la voz: ¡nadie, nunca, me tiene en cuenta! ¡Siempre, todos, se avergüenzan de mí! ¡Fue él quien le contó la vida de Nina Simone, no una profesora del instituto! ¿Por qué lo deja aparte ella también? Casi se defiende: Viejo, yo no puedo contarle la verdad a mi padre, y tampoco a mi madre. Ellos nunca lo entenderían. El Viejo abre los ojos, tiene ahora la mirada humedecida. ¿Qué es lo que tienen que entender tus padres?, pregunta. No hay nada raro en él, ¡no hay nada malo!, ¿no es así? ¿O acaso ella, Casi, también piensa que él es malo y es raro?

(No es la primera vez que el Viejo la ha sorprendido con este tipo de salidas, fuera de toda lógica, aunque sí la primera que se deja arrastrar por esa violencia desesperada y triste. El Viejo funciona así: no hila los hechos como otros lo harían -no calibra, de igual modo, causas y consecuencias-, considera normal lo que a otros extrañaría, y también al revés, le extraña lo normal, y sin embargo no es en absoluto tonto, piensa Casi: ¡maneja tanta información, tantos detalles, es tan inteligente en las cosas inútiles!)

Todo empezó una mañana cualquiera. El despertador sonó a la misma hora de siempre, Casi remoloneó unos minutos entre las sábanas, se levantó con

desgana, se lavó la cara, se puso el chándal. Cuando bajó, sus padres estaban tomando café; hablaban entre susurros; se callaron al entrar ella en la cocina. Se preparó un colacao, mordisqueó unas magdalenas. Todo normal, dice Casi, nada anunciaba que ese día iba a ser diferente a los demás. Ella no planificó nada, no podía saber que se acercaba al momento culminante, al momento en que todo cambió: cuando salió de casa, enfiló la avenida, apresuró el paso porque iba un poco tarde... y dio la vuelta. Dio la vuelta y se apresuró aún más, pero en sentido contrario. Sin saber bien qué hacer todavía. Sin saber adónde se dirigía. Sin saber por qué ni de qué estaba huyendo. El corazón le latía muy fuerte, pero ella se sentía extrañamente aliviada, incluso feliz. Se sentó en un banco, sacó unos cuadernos, fingió que los repasaba. Al rato se levantó, caminó por otro barrio, se sentó en otro banco, dejó pasar allí otro buen rato, disimulando. Nadie reparó en ella. Quizá daba la apariencia de una chica mayor, una de dieciséis poco crecida -a veces pasa esto: chicas que se desarrollan tarde, que son menudas e infantiles al lado de las demás, niñas entre mujeres-. Estuvo así toda la mañana, deambulando, hasta la hora de regresar a casa. Calculó el momento con exactitud, fue su padre quien le abrió la puerta, su expresión era la misma que la del día anterior, que la de la semana anterior: una expresión rutinaria, sin curiosidad. Almorzaron juntos. La madre llegó después, le preguntó si tenía mucha tarea, si quería acompañarla más tarde a hacer unas compras. Cariñosos, como siempre, ambos, sin darse cuenta de nada. Ella había creído que su cara la delataría, pero no. La vida seguía igual fuese o no al instituto. Supo entonces que no querría volver nunca más.

Pero estaba pendiente el asunto de la justificación. Si seguía faltando, el tercer día como muy tarde llamarían a su casa para preguntar. Siempre es así: los profesores persiguen a los alumnos para que vayan a clase, aunque en el fondo estén deseando que falten para trabajar menos y estar más tranquilos. Como pasó con Héctor, un repetidor que se saltaba las clases a menudo y que, cuando iba, era solo para fastidiar. Héctor no tenía el menor interés en aprender nada de lo que se daba en aquellas aulas; él quería hacerse albañil, pero tenía que esperar a la edad reglamentaria para irse. En clase, se dedicaba a subirse a las mesas, a lanzar bolas de papel y a darles collejas a sus compañeros, por puro aburrimiento. Una vez se llevó semanas sin aparecer, hasta que un inspector se presentó preguntando por él y por las medidas que se habían tomado en el instituto contra su absentismo. El absentismo, chicos, está penalizado, les dijo a los demás alumnos allí mismo, a los que nunca faltaban, y su tono era muy serio, amenazante. Su caso no es comparable al de Héctor porque ella no está bajo

sospecha. Cuenta de entrada con un voto de credibilidad que jamás tendría él, pues siempre ha sido una chica obediente, disciplinada e incluso sumisa, nada alborotadora -¡le daría una vergüenza terrible, por ejemplo, subirse a lo alto de una mesa!-. Pero, aun así, alguna explicación tenía que dar para su ausencia. Primero pensó en llamar por teléfono inventando una excusa, después en falsificar una carta. Investigó por internet y encontró unos formularios de solicitud de traslado de centro educativo. Había varios modelos: escogió el modelo TUS (Traslado Urgente Sobvenido). Bien pensado, no era tan raro: un cambio repentino en el trabajo de sus padres o cualquier otro imprevisto podía obligarlos a mudarse, estas cosas pasan a menudo, y más al inicio de curso, ¿no es así? Rellenó el formulario, eligió como instituto de destino uno cualquiera de una ciudad cercana, puso un teléfono falso y lo remitió a su instituto por fax, desde la copistería que hay bajo su casa. De momento, el engaño estaba funcionando. Si alguien había llamado a un centro u otro para confirmar el traslado o para preguntar alguna duda, Casi no lo sabía. Sus padres se comportaban con normalidad, ella se comportaba con normalidad, la vida seguía con normalidad: era evidente que el instituto no era necesario para nadie.

Es porque allí te pegan, ¿no? ¿Allí? ¿Dónde? En el instituto, ¿no? No, no, no es eso, dice Casi espantada. ¿No? ¿No pegan allí los profesores? Cuando él iba al colegio, recibir leña era muy normal: golpetazos con una vara en la palma de la mano, tirones de oreja y, para los más díscolos, un buen bofetón. Hasta los profesores más compasivos lo hacían: menos, pero lo hacían. Recuerda a uno que se fabricó un pequeño látigo con una cinta elástica en cuyo extremo ató una bolsita con un puñado de garbanzos. Era el que los llevaba al gimnasio y, si fallaban saltando al potro o no aguantaban lo suficiente en las anillas, usaba su instrumento para atormentarlos al tiempo que los llamaba mariquitas, mariconas o bujarras. Y es verdad que él era un poco afeminado, admite, con sus pies planos y la voz aflautada, ¡pero cómo dolía!, ríe al recordarlo, y a Casi le consuela esa risa, aunque empieza a temer que, al lado de los recuerdos del Viejo, sus propias quejas suenen insignificantes.

No, a ella no le pegan, nunca le han pegado, lo que pasa es que no la dejan en paz. Lo único que ella quiere, insiste, es que la dejen en paz, pero no hay manera. Ahora, para evaluar, todos los profesores piden trabajos en grupo, pero ella no se siente cómoda trabajando con nadie. Cuando los grupos se forman, Casi se queda fuera invariablemente, y el profesor de turno tiene que intervenir para que no la aíslen. Para ella es peor entrar obligada en un grupo que hacer

sola el trabajo. Sus compañeros la miran con desconfianza solo por el hecho de haberles sido impuesta. Y Casi no tiene fuerza para hacerse valer, cae en un mutismo que no ayuda. A ella no le importa hacer sola los trabajos, nunca ha sido perezosa en las tareas de clase. Se lo dice a sus profesores, lo ruega incluso, pero nunca la escuchan, insisten en que forme parte de un grupo, aunque sea obligándola. En los grupos siempre hay alguien que lleva la voz cantante, que manipula a unos y a otros por el simple gusto de dominar. Se supone que los profesores organizan los grupos para promover la igualdad -usan esa expresión: *promover la igualdad*-, pero consiguen justo lo contrario: debilitar a los débiles y fortalecer a los fuertes. Claro que no es lo mismo eso a que te peguen, pero...

Por supuesto que no es lo mismo, dice el Viejo. ¡Lo de ella es peor! Y sabe de lo que habla, ¡puede comparar! En la clínica donde estuvo ingresado hace un tiempo también formaban grupos continuamente. Grupos de lectura, de jardinería, grupos deportivos ¡y de juegos de mesa! A él lo fueron pasando de uno a otro, y de nada valía. Querían que se mantuviese entretenido, pero a él le deprimía todo aquello. ¡Si por lo menos lo dejaran pasear por las noches! Puedes pasear, le decían, pero en los horarios autorizados y solo por los senderos autorizados. Pero en los senderos autorizados y a las horas autorizadas paseaba todo el mundo, todos los internos estaban allí, forzados a verse y a saludarse, y él lo que quería era pasear a solas. ¡Una tortura! Casi lo escucha, enmudecida, sin saber a qué clínica se refiere el Viejo, a qué senderos ni a qué internos, hasta que se atreve a preguntar: ¿estuviste enfermo? El Viejo se encoge de hombros y responde: ¡eso decían!

Entre los pájaros, o al menos entre algunas especies, también hay dominantes y dominados. No es una decisión que ellos tomen con libertad: es la misma naturaleza la que los marca al nacer, ¡vienen con un plumaje diferente! Ni que decir tiene que los dominantes son los que se llevan el bocado más rico y las hembras más sanas, los que deciden cuándo volar y dónde ha de seguirlos la bandada. En un experimento, unos científicos se preguntaron qué pasaría si camuflaban a los más débiles, haciéndolos pasar por dominantes. ¡Les tiñeron el plumaje para enmascararlos! Pero no valió de nada. La misma actitud de los farsantes los delataba; no era una cuestión de plumaje, sino de aplomo.

Con los ojos entrecerrados, Casi trata de extraer la enseñanza de la historia. ¿Quiere decir que los dos son como pájaros teñidos?, piensa. Pero el Viejo está hablando ahora de otro tipo de pájaros: los que se resistieron a participar en el juego. En los resultados del experimento apenas se detuvieron en ellos, pero

hubo ejemplares -¡pocos, pero los hubo!- que fueron desechados por su inutilidad. ¡Tuvo que buscar esa información en las notas a pie de página del artículo, tan poca importancia se les dio a esos rebeldes! Pero ¿por qué eran inútiles?, pregunta Casi. Porque cuando los teñían se morían de pena, se negaban a comer y volar, ¡ni siquiera se esforzaban en fingir! No querían entrar en ningún grupo, y si se veían forzados a ello, se mantenían aparte, aunque les costase el repudio. Sobrevivir con disfraz, para esos pájaros, equivalía a morir lentamente; por eso elegían acelerar su muerte, sin engaños.

El Viejo siempre va con mochila. La abre para enseñarle a Casi lo que lleva: los prismáticos, sus libros de pájaros, recortes de revistas y de periódicos, un estuche con lápices -le gustan los lápices, no los bolígrafos-, la toalla para sentarse en el césped, una libreta, el móvil, los auriculares. Es una mochila vieja, de color verde claro, con correas marrones muy gastadas, como de militar o de explorador. La de Casi es de marca, de colores estridentes, con cremalleras, impermeable. ¿Espera el Viejo que también le enseñe su contenido? Al pensarlo siente vergüenza, se da cuenta de lo infantil que resulta todo lo que ella guarda, ojalá tuviese al menos un paquete de tabaco, un mechero o la pulserita de entrada de una discoteca. Ni siquiera el teléfono móvil -no le dejan llevárselo-, ni siquiera eso. Solo libros de texto, una carpeta con separadores fluorescentes, un estuche también -aunque el de ella con bolígrafos de gel de todos los colores-, restos de papel albal, de servilletas, de cáscaras de pipas. Casi es desordenada, mientras que el Viejo es metódico y organizado. ¿Te gustaría quedarte tú con la toalla?, le ofrece, y ella niega enérgicamente con la cabeza. No, no, la perdería, le dice. Pero ¿no habían tenido ya esta conversación antes? El Viejo se repite, las palabras se mezclan, todo es confuso, ella ya ha perdido la cuenta de los días.

Él vive cerca, dice, a unos cinco minutos andando, en un bloque de diez pisos -él, en la planta octava-. Tiene una cocinita, un salón sin televisor, un cuarto de baño con un váter que siempre se atasca, un dormitorio con cama de ochenta, otro dormitorio donde guarda las cajas con sus cosas. ¿Qué cosas?, pregunta Casi, y él se explica con desgana, como si fuese demasiado obvio. ¡Sus revistas! ¡Sus discos! ¡Sus aparatos! ¡Los cuadernos con sus notas! ¡Algunas de las prendas de su madre! ¡Platos, cacerolas que todavía no ha usado pero que se empeñaron en regalarle! ¿Y cómo es el piso donde vive Casi? ¿En qué planta está? Por la zona ese es el paisaje habitual: pisos en bloques altos, torres marrones, torres verdes, ventanas chicas, balconcitos que recuerdan bebederos

de jaulas de canarios. Casi meneaba la cabeza. No, no, ella vive en una casa, ya se lo explicó; hace unos años se mudaron a una casa y justo fue entonces cuando empezó a irles mal todo -o a irle mal a ella, porque su hermano, después de todo, se marchó-. La casa tiene dos patios, uno delante y otro detrás, tiene un trastero, es grande, nunca acaba de limpiarse. Toda la calle está llena de casitas iguales; algunos meten sus coches en el patio delantero; otros no, esa es la única diferencia. Pero esas casas... ¿dónde están? ¡Por aquí no he visto casas así! Claro, le dice Casi, porque no están ahí; ella tiene que andar más de media hora para llegar al parque, ¿es que no lo recuerda? El Viejo cierra los ojos, reflexiona. Las casas son peores, dice, porque no tienen vistas, él prefiere las vistas que tiene desde su piso, fíjate que yo puedo ver la autovía, ¡kilómetros y kilómetros de autovía! Por la noche es un espectáculo digno de atención porque brillan los faros de los coches, filas y filas de coches que avanzan hacia un lado y hacia el otro, ¡es de locos! Unos quieren ir en una dirección y otros justo en la contraria, y se atascan, siempre se atascan. Un día ella, Casi, debería ir a su piso para ver la autovía desde tan alto, se sorprendería de lo bonita que resulta, no puede imaginárselo. Sí, debería ir, repite, él estaría encantado de enseñárselo, en los aleros del edificio hay también nidos de golondrinas, y con suerte se las ve asomando la cabecita, ¡otro espectáculo! El Viejo hace su propuesta con tranquilidad, sin alterar el tono de su voz, como si no lo dijera realmente en serio o no hubiese nada malicioso detrás, y por eso Casi no se deja turbar, o no demasiado.

Empezó a sentirse mal cuando su hermano se fue. Su hermano decía que la quería, pero no era verdad, porque se marchó sin remordimientos, según él porque tenía que hacerlo. ¿Tenía? Esto es lo que más le cabrea a Casi: que disfrazara su libre decisión como una obligación. ¿Tiene uno que estudiar un máster a la fuerza? Eso lo primero. Y, en segundo lugar, ¿por qué se empeñó en estudiarlo en el extranjero? ¿No le valía alguno de los que hay en su ciudad? ¿O lo hacía para escapar de allí, para escapar de ella? Por supuesto, Casi le había rogado que se quedase. Se lo había rogado llorando, le había suplicado, pero en vano. Él la miraba con lástima, se retorció las manos, aseguraba sentir también mucha pena por irse, muchísima pena, y le pedía que lo perdonase, pero sus palabras -las palabras *pena* o *perdón*, por ejemplo- sonaban tan falsas que arañaban. Su hermano es mayor, tiene nueve años más que ella, y hace ya diez meses que vive fuera. A veces Casi se mete en su habitación, todavía llena de su ropa y sus libros, para recordarlo con más intensidad, aunque eso le entristece

aún más.

El Viejo la escucha atentamente, asiente haciéndole ver que la comprende. Entre ellos, un paquete de cheetos, que van compartiendo con naturalidad. Ella se detiene a chuparse los dedos, resopla para quitarse el flequillo de la frente sin ensuciarlo. Sus padres son mayores, dice, por eso se lleva tantos años con su hermano. En una ocasión, Marga le insinuó que ella debía de ser uno de esos niños que nacen cuando nadie los espera. Tus padres se descuidaron, le dijo, y viniste por sorpresa. Marga lo decía para fastidiarla, pero lo cierto es que ser un bebé no deseado encaja perfectamente en la visión que Casi tiene de sí misma - ¡siempre me he sentido de otro mundo!, dice-. Aunque, después de todo, no era cierto que hubiese sido un bebé no deseado. Se atrevió a preguntárselo a su madre y ella lo negó rotundamente. Había sido buscada y muy buscada, insistió. Aunque supongo que eso no garantiza nada, concluye atrapando las últimas migajas de los cheetos.

Físicamente, no se parece a nadie, de lo que se alegra. Le horrorizan esas hijas idénticas a sus madres: ya se sabe cómo van a empeorar con el paso del tiempo. Aunque está llena de complejos, al menos desconoce cuál será su evolución, y a veces se permite fabricar su propia versión del cuento del patito feo: terminará convirtiéndose en una chica preciosa y seductora. Misteriosa. El Viejo le ha dicho que tiene unos ojos bonitos y soñadores. *Soñadores* es una palabra que a ella le resulta interesante, aunque no sepa exactamente a qué se refiere su amigo. ¿Así como entrecerrados -le pregunta-, como si tuviese un poco de sueño? El Viejo niega, sonrío: ¡eso sería más bien *somnolientos*!

(El Viejo tiene mucho vocabulario, se nota que ha leído un montón, aunque no lo reconozca y asegure que solo lee revistas sobre pájaros. Bueno, admite, también puede deberse a que escucha la radio, todas las noches escucha un programa de llamadas en el que gente solitaria cuenta su vida solo para ser escuchada. Es un programa que lleva existiendo desde hace varias décadas y nunca falta quien llame, siempre hay vidas peculiares que contar, vidas extrañísimas, llenas también de palabras extrañísimas.)

Físicamente, repite Casi, no se parece a nadie, ni a su padre -que es alto y delgado-, ni a su madre -que es muy rubia y tiene las cejas finas y la boca mucho más pequeña-, ni por supuesto a su hermano -que tiene la cara cuadrada y es pecoso, como su padre-. Curiosamente, ellos tres tienen un aire común, se nota que son de la misma familia aunque no compartan con exactitud los mismos rasgos. Pero Casi no tiene nada que ver con ellos, dice, y al decirlo sonrío con

orgullo: en los últimos tiempos le complace sentirse diferente, sin importarle que diferente pueda significar peor.

¿Y él? ¿Ha heredado él los rasgos de sus padres? El Viejo le devuelve una mirada húmeda y larga; encoge los hombros. Qué pregunta, dice: pareciéndose a su padre, se parece también a su madre. Se parece a los dos, añade: ¡es inevitable! Ella no entiende por qué ha contestado con el gesto contraído y esa melancolía dolorosa. Quizá echa de menos a sus padres. Quizá sus padres murieron hace mucho, quizá en un accidente, algo que él todavía no ha podido superar. De su familia, Casi lo ignora todo, pero resulta difícil preguntar cuando reacciona así, dando la espalda. Ante la menor punzada de incomodidad o de dolor, el Viejo cambia siempre de tema.

(Es poco lo que Casi sabe de la vida del Viejo. Hasta el momento: que le pegaban de niño en el colegio, que estuvo ingresado en una clínica, que vive solo en una planta octava, que hace veinte años que lleva el mismo abrigo, que no paga impuestos porque no trabaja, que tiene miedo a ser pesado -¡aunque cada vez menos!-, que prefiere los lápices a los bolígrafos, que escucha por la noche radio confesional. Cosas de ese tipo, hilos sueltos que él va relatando inesperadamente y en desorden. Cuando habla de temas que conoce, es didáctico, organizado y repetitivo, pero cuando se refiere a su vida -o la menciona, como de pasada- lo hace en voz baja, con frases sin terminar o llenas de sobrentendidos, como si no fuese necesario explicar más.)

Ha mejorado mucho en su conocimiento de los pájaros. Lo que al principio le parecía inútil y aburrido -¡aprenderse los nombres científicos!, ¡reconocer su canto!- se ha convertido ahora en un divertimento e incluso en una muestra de distinción y superioridad: está convencida de que nadie -nadie- de su edad sabe tanto en ese campo como ella. ¿Y si en el futuro se convierte en ornitóloga? ¿Y si viaja a la selva para estudiar aves tropicales y, en una de sus expediciones, descubre una especie nueva, de una belleza insólita, que jamás ningún ser humano había visto antes? Solo el Viejo es capaz de escuchar sus delirios de grandeza sin reírse. Al revés: la escucha con pasión y con orgullo. A él ya le pilla mayor, pero si pudiera ¡también se iría con ella a la selva! ¡Formarían un gran equipo!

Le regala un póster de aves cantoras: jilguero, pardillo, verderón, verdecillo... Ella ya los identifica con familiaridad: su aspecto, sus características. Lo colgaré en mi cuarto, le dice, agradecida, aunque no le da un

beso porque siente que hay algo irregular en hacerlo: no solo en el beso, sino en el mismo acto del regalo, e incluso en el de colgar el regalo en su cuarto -meter al Viejo, de ese modo, en su cuarto-. Su padre, ahora que la ve tan entusiasmada con su nuevo hobby, ha empezado a llamarla *cabeza de chorlito*, aunque en plan cariñoso. También la acusa, con segundas, de *tener la cabeza llena de pájaros*, pero a ella no le importa, ¡eso malo no es! Sin embargo, esas expresiones hechas, dice el Viejo, a él no le gustan nada. Hay algo en los refranes y en los dichos que es escurridizo y malicioso: esos dobles sentidos que confunden y ¡que él nunca capta! Durante mucho tiempo también lo torturaron con frases de ese tipo: *ave que vuela, a la cazuela o tienes el mal del tordo: las patas flacas y el culo gordo*, ¡maldita la gracia! (Casi comprende de lo que habla. Es lo mismo que ella siente cuando le dicen *cara de pan*, aunque jamás vaya a confesarlo.)

Están a punto de no encontrarse. Cuando el Viejo llega, los de mantenimiento están cortando el césped y podando los setos con gran estruendo: herramientas muy grandes para tan poca cosa, le dice el Viejo más tarde, cuando regresa y la encuentra sentada donde siempre. Se acaban de ir, ¿no?, pregunta, y ella asiente, palmeando el césped recién cortado, fíjate cómo está, le dice, y también eso -señalando los setos-, antes las ramas apuntaban en todas direcciones y ahora está perfecto, demasiado ordenado, todo cuadradito, dice con una mueca de disgusto, todo tan limpio que hasta huele distinto. El Viejo olfatea. Creo que han fumigado, dice, y luego le pregunta qué hizo mientras los de mantenimiento trabajaban, dónde se metió a esperar. Ella suspira, le dice la verdad: primero merodeó en torno al estanque, mirando los peces, pero después decidió salir del parque, cruzó la avenida hacia el ambulatorio médico y allí se quedó sentada haciendo tiempo. No dentro del ambulatorio -donde no dejaría de ser anómalo esperar sola-, sino fuera, en unos bancos que hay bajo un porche con rampa por donde suben las madres con carritos de bebé y algunos pacientes en sillas de ruedas.

Lo que no cuenta es lo mal que lo pasó disimulando, tratando de no destacar por estar allí sola, con su mochila escolar y sus casi catorce. Una mujer rubia y pálida se sentó a su lado y no le quitó ojo de encima, hasta que la llamaron por teléfono y se olvidó de ella. Después salió un enfermero a fumar, un enfermero joven con un tatuaje en el brazo que se quedó mirándola fijamente. Todavía siente vergüenza de esa mirada. Se estiró la camiseta para taparse todo lo que pudo y se alejó hasta salir del porche, pero aun así notaba aquellos ojos clavados en su cuerpo. El enfermero se quedó por allí un buen rato hasta que salió

también una enfermera, con la que claramente se había citado. La agarró de la cintura, le dio un pellizco en el culo y le susurró algo al oído; la enfermera rió y se marchó contoneándose de felicidad. A Casi le entraron tantas ganas de llorar que tuvo que encerrarse en el servicio para desahogarse. Lloró sin comprender la razón de su incomodidad: ¡ojalá no hubiese visto a ese enfermero, y menos aún a esos dos juntos, con sus rollos privados! Ahora, al recordarlo, se le vuelven a humedecer los ojos, pero el Viejo no se da cuenta en absoluto. Está sacando una guía de anátidas, esta no la conoces, le dice, y ella trata de interesarse en sus páginas, con la nariz que todavía le pica y los ojos lagrimeando, aunque quizá, se dice, es por el efecto del césped recién cortado, o de la fumigación química, principalmente.

Mira, Casi, le dice, y le enseña una foto antigua, él de joven, con veintipocos años y un loro enorme posado en el brazo, el plumaje con los colores desvaídos por la mala calidad de la imagen pero aun así espectacular, bellísimo. Este es Ruper, le explica, era de un vecino, él está en contra de aprisionar a los animales en jaulas, y menos aún a las especies tropicales, pero Ruper era fascinante, él lo observaba a diario, estudiaba su comportamiento y así aprendió otro buen montón de cosas sobre aves; él, como ella -como Casi-, cree en las virtudes del autodidactismo, ¿para qué ir a la escuela a que alguien te cuente lo que hay en un libro? ¿No es mejor apartarse, echarse a un lado y mirar? Se fija en el hombre de la foto, para ella un hombre mayor, muy mayor, pero indiscutiblemente más joven que el que tiene delante en esos momentos, y desde luego más guapo, sorprendentemente guapo. En la foto, el Viejo lleva el pelo peinado hacia atrás, húmedo y con tupé, como un actor de cine antiguo, y las mejillas altas, la frente lisa, los dientes muy blancos, nuevecitos. Viste una chaqueta y una pajarita; lo que hay por debajo no se ve, ya que la foto se corta en la cintura. El Viejo mira a cámara y sonrío; es feliz. ¿Qué es lo que le ha pasado desde entonces, además del tiempo? Debió de gustar a muchas chicas, esto Casi lo da ya por seguro. ¿Por qué no se casó con ninguna? ¿Por qué no tuvo hijos? El Viejo nunca le ha hablado de mujeres ni niños, así que Casi supone que siempre ha estado solo. Aunque, bien pensado, ¿por qué lo cree así? Es posible que deba cambiar su concepción de las cosas. Quizá el Viejo ha tenido muchas novias, quizá las sigue teniendo, quizá ha diseminado hijos por todo el mundo, quizá guarda secretos tan distinguidos y decadentes como el tupé que llevaba de joven. Es difícil de creer al verlo ahora, con su traje raído y los pelos de loco, pero no al mirar esa foto, que desvela otras incontables posibilidades: un pasado al completo.

Al principio cree que se ha meado encima en un descuido, pero cuando entiende de dónde proviene la humedad, se asusta, no sabe bien qué hacer, le tiemblan las manos, se acalora. Lo que descubre al bajarse las bragas es de color marrón, más que rojo, una sustancia mucho más espesa que la sangre, más indigna que la sangre, aunque ha oído decir que eso es solo el inicio, que después vienen chorreones de auténtica sangre, litros y litros de sangre imposibles de ocultar, y así durante días. ¿Qué hacer ahora? ¿Esperar que llegue el Viejo y contárselo? ¿Pedirle que le traiga -¡él!unos trapos o una compresa? ¿Hacer como si nada, mientras se empapa de sangre toda la ropa? Se coloca unos kleenex como puede y espera acongojada.

Tenía que pasar, pero quizá no así, de esa manera.

Ella era de las más tardonas de la clase, tardaba tanto que tuvo que inventarse que le llegaba para evitar comentarios malintencionados. Las tortilleras no tienen la regla, ¿lo sabíais?, había dicho Marga, y todas asintieron entre risitas: claro, por eso no pueden tener hijos... El día que su madre quiso hablarle del asunto, se negó por completo: ¡no hace falta, no hace falta!, gritaba ofendida. Pero sí hacía falta, aunque ahora ya es tarde para reconocerlo.

¿Cuánto tiempo estará así? ¿Cuánto es normal? ¿Puede morir desangrada si no para? ¿Se van a notar mucho las manchas? ¿Y si le duele? ¿Puede quejarse o es mejor callarse? ¿Qué se espera que haga? ¿Qué hacen las demás?

Al llegar, el Viejo la mira con preocupación. Qué te pasa, pregunta, tienes muy mala cara. Casi se echa a llorar de inmediato. Él se agacha a su lado. Puede contarle lo que sea, le dice, sabe guardar secretos, ¡y además tratará de ayudarla! Pero Casi lo escucha con rencor. Claro que no puede contárselo. Se supone que es un día importante en la vida de toda chica, el día en que empieza algo nuevo - ¡el día en que se empieza a ser mujer!-, pero ella siente más bien que acaba todo, y que los últimos vínculos que tenía con el mundo de fuera ya se han roto definitivamente. ¿Una mujer? Si en esto consiste ser una mujer, ella no quiere serlo. El Viejo sigue allí, agachado, pensativo. ¿No me lo vas a decir?, pregunta. ¿No tienes confianza? El tono de su voz está empezando a subir pregunta a pregunta, y Casi recuerda sus arranques de furia cuando se siente excluido. Teme ofenderlo una vez más -¡cambia tanto cuando está alterado!-, aunque esta vez no sabe cómo evitarlo. Viejo, no te molestes, son cosas de mujeres. ¿De mujeres?, repite el Viejo, y su incipiente indignación se transforma en curiosidad. ¿Cómo que de mujeres? La menstruación, explica Casi, sintiéndose ridícula de inmediato -¿por qué ha usado esa palabra tan ridícula?-. El Viejo la mira con

estupor, hasta que comprende y se sonroja como una bombilla. ¡No sé a qué te refieres!, dice luego, y agacha la cabeza mientras empieza a sacar cosas de la mochila, anunciándolas en voz alta a medida que las va dejando sobre el césped: ¡toalla!, ¡prismáticos!, ¡gusanitos!, ¡la biografía de Nina Simone escrita por David Brun-Lambert! ¡Contiene unos cuantos errores este libro!, dice agitándolo. ¡Ahora te los cuento!

Pero no lo hace. Ese día se va pronto, y también se va Casi. Después de todo, no es raro que a algunas niñas, la primera vez, los profesores las dejen volver a casa antes de la hora, sin más preguntas. Por fortuna, se ha ahorrado los comentarios sarcásticos y las risitas de Marga y de las otras: hubiesen desenmascarado a la inexperta. Mejor que eso, sin duda, ha sido la reacción del Viejo: avestruz que esconde la cabeza, pero que al menos no hace comentarios.

Con todo lo que él sabe, ¿cómo es que no trabaja? De acuerdo, es un viejo - por eso lo llama así, Viejo-, pero aún no ha llegado a la edad de jubilarse, así que, a menos que haya ganado la lotería -y no lo parece-, está ante un talento desaprovechado. David Attenborough es muchísimo más viejo, un ancianito ya, y todavía sale por la televisión en sus documentales, ¿acaso no podría el Viejo hacer también documentales, o reportajes, o escribir guías de pájaros? Casi está tristona, no termina de entender la utilidad de desangrarse cada mes -para ella, una señal más del absurdo del mundo-, qué desperdicio, piensa, y ese estado de ánimo se ha contagiado a la conversación, que afronta hoy con suavidad, con tono confidencial y melancólico. El Viejo se acerca un poco, suspira. ¿Que por qué no trabaja? Bueno, no hay muchos lugares donde se sienta cómodo, debe admitir. No entiende por qué, pero en la mayoría de los sitios lo rechazan. Claro que no tiene estudios reglados, eso es un hecho, pero incluso en puestos donde no los piden, después de entrevistarlos, siempre lo largan. Ya hace mucho que no aspira a nada. Para crear molestias, es mejor quedarse en su casa o pasear por el parque, ¿no cree? Añora el tiempo en que estuvo colaborando en una reserva natural de pájaros, eso sí. No le pagaban dinero, pero para él ya era bastante sueldo que lo dejaran estar allí, rodeado de aves salvajes. Las jaulas solo eran para las que estaban enfermas o para las crías que nacían en cautividad, ¡por lo demás, todo libertad! En aquella reserva se recuperaron especies que estaban en peligro de extinción y él formó parte de aquel logro, ¡cómo no sentirse orgulloso! Animándose un poco, Casi le pide que le cuente más, ¿qué hacía exactamente? Bueno, echaba una mano en lo que fuese, en todo tipo de tareas, desde limpiar de excrementos las instalaciones y barrer hojas secas a repartir el

pienso o regular el termostato de las jaulas de pollos. ¡A él no se le caen los anillos por nada! ¡Si quiere, puede ser un tipo duro! Entorna los ojos y dice: cuánto me gustaba estar allí, qué maravilla contemplar las aves en sus charcas, el pato colorado y los flamencos y también los picabueyes, los calamones, los moritos y las cigüeñas. Eran muchísimas las aves que paraban allí, pero él reconocía perfectamente a algunas, y les ponía nombres de cantantes, daba igual que fuesen machos o hembras: Aretha, Roberta, Billie, Diana, Linda y por supuesto Nina, que era una grulla azul -o grulla del paraíso- de andares lentos y majestuosos. ¡También consiguió hacer amigos! Los otros voluntarios eran personas encantadoras, lo trataban muy bien, con mucha dulzura. Sobre todo la mujer del guarda, a la que acompañaba en todos sus quehaceres -se convirtió en su sombra, ¡todo con el fin de ayudarla!-. ¿Y qué pasó, Viejo? ¿Por qué no seguiste allí?, pregunta Casi abrazándose las rodillas. Él abre mucho los ojos, como despertando a otro mundo -al del refugio y la escasez de agua-, y se mira las manos, y se explica: nada, se acabó la colaboración y punto. Son tan obvios el cambio de actitud y la tristeza que Casi anticipa lo que pasará de inmediato: el Viejo se levantará, guardará su toalla, hablará de otro tema para disimular, se despedirá y se irá a paso rápido. Siempre es así cuando algo le incomoda, pero esta vez a Casi le va bien, porque también ella tiene que salir a cambiarse un momentín a los baños del ambulatorio, ida y vuelta veloz porque odia ese sitio -el ambulatorio-, aunque ahora que ya es una mujer no puede ponerse exquisita, necesita tener baños cerca donde asearse -una desventaja más de ser mujer, eso está claro.

Que no hubiese llovido antes es inusual: prácticamente todo octubre sin una sola gota, y ahora, de golpe, una racha de aguaceros. Qué mala suerte, se dicen el uno al otro mirando con preocupación el refugio, completamente embarrado. El Viejo ha llegado con los zapatos sucios y los bajos del pantalón hechos un desastre. Casi lleva su chubasquero y botas, pero aun así está claro que allí no pueden quedarse. Los días de lluvia son ahora días perdidos, y es mejor ir a otro lado que merodear por los alrededores -mejor que volver, otra vez, al ambulatorio-. Pero marchan por separado; no deben mostrarse juntos en público, incluso para Casi sería raro ver al Viejo fuera de los setos, verlo dentro del mundo del que ella está tratando de escapar. Se decide por una biblioteca del centro llena de estudiantes universitarios. Al lado de ellos, se nota claramente que es mucho más joven, pero las salas están tan abarrotadas que nadie se detiene a mirarla más de dos segundos, tal es su insignificancia, su falta de

importancia en ese mundo ajeno, de mayores. Podría citarse con el Viejo allí, en la biblioteca, pero entonces su invisibilidad correría peligro; juntos llamarían la atención irremediabilmente: ella, una niña, y él, un viejo. Imaginarlo -no imaginar que se encuentran en la biblioteca, sino que llaman la atención y los demás especulan sobre su relación- le produce un raro placer -el placer de la transgresión- y a menudo recrea posibles escenas que incluyen una intervención policial, la detención del Viejo, un interrogatorio lleno de preguntas con borrosas connotaciones sexuales, bajo la conminadora luz de un foco. Pero una cosa es imaginar y otra muy distinta es tentar al diablo. Le aterrorizaría que algo así pasara en realidad. Así que lo que hace cuando llueve -o cuando el día amenaza lluvia- es pasar la mañana sola en la biblioteca y escribir -con algo se tiene que entretener una especie de diario en el que imagina escenas que podrían ser, que estaría bien que fuesen -pero no, pero no-, páginas que al final del día rompe abochornada. Mientras tanto, el Viejo seguramente va a otros sitios, sitios donde ella tampoco debería encontrarse con él, como bares o tiendas o mercados -Casi eso no lo sabe, lo que hace el Viejo cuando no está con ella.

Por supuesto que ha oído hablar de los maníacos que persiguen a niños. Continuamente se cuentan historias de hombres que los secuestran a la salida del colegio para hacerles cosas malas y que incluso los torturan y los matan. En un barrio cercano, un niño desapareció y nada se supo de él hasta que encontraron los huesos enterrados en un solar, dos años más tarde. Los padres de Casi se esforzaban en bajar la voz cuando hablaban de ese tema, pero era inútil, porque la información le iba a llegar de todos modos. La autopsia -Casi lo escuchó en el televisor de los vecinos revelaba que el niño había sido violado antes y después de su muerte. Aquella expresión, *antes y después de su muerte*, le impactó más aún que el asunto de la violación en sí, pues ella no tenía muy claro en qué consiste ser violado, y sus conocimientos eran tan borrosos que podía permitirse echarlos a un lado. Pero que un maníaco estuviese haciendo cosas horribles con un niño *antes y después de su muerte* hablaba claramente de una muerte, una muerte en la que ese maníaco había estado presente y de la que no se había escabullido: la muerte como parte del proceso. El día que Casi escuchó los detalles de la autopsia llevaba puesto un vestido rojo de verano, demasiado infantil para su edad, demasiado corto y con un volantito absurdo en las mangas. Desde aquel día, se negó a ponérselo más, a pesar de la incompreensión de su madre, que se dio por vencida solo porque Casi era -podía llegar a ser- muy cabezota. Casi no admitía la verdadera razón de su aversión porque escapaba a

su entendimiento. Bastaba con ver el vestido colgado en el armario para sentir un turbio malestar, algo que ella misma sabía irracional, pero que ahí estaba, marcando un cambio.

Aun así, todo -incluido ese hecho- no eran más que palabras y símbolos, dado que no había visto nunca a un maníaco de cerca. Ella los llamaba así, *maníacos*, aunque últimamente había oído también hablar de *pederastas*, que debía de significar más o menos lo mismo. *Depravado* era un término que confundió durante mucho tiempo con *deprimido*, y tampoco sabía si tenía que ver con los niños en exclusiva o con cualquier otro asunto de carácter sexual. Como a todos los demás, la habían educado en la desconfianza hacia los desconocidos: no hablar con ellos, no aceptarles regalos, no fiarse en absoluto, etc. Pero Casi ahora tiene casi catorce y las reglas del juego empiezan a ser otras. Si nunca se relacionara con desconocidos, piensa, no avanzaría. Un conocido ha sido previamente un desconocido, esto es así por fuerza: si fuéramos por la vida negándoles la palabra a quienes no conocemos, jamás conoceríamos a nadie. A ella le estaban insistiendo siempre en que debía tener más amigos, en que era bueno relacionarse con los demás y malo quedarse todo el día encerrada en casa. La forzaban a hacer trabajos en grupo con personas de las que no sabía nada, salvo que tenían su edad y estaban en su mismo instituto. ¿Solo por eso ya no son desconocidos? ¿Cuándo un desconocido alcanza la categoría de potencial amigo y cuándo se queda, solamente, en potencial peligro? Está claro que el Viejo no entra en la categoría de amigos que su entorno desea para ella, más bien corre el riesgo de aproximarse a la categoría de maníaco o de depravado, pero solo en razón de su edad y de que no está con ella en el mismo instituto. Por lo demás, no ve en qué podría resultar sospechoso. Él jamás ha tratado de secuestrarla y ni siquiera le ha puesto una mano encima.

Cuando estaba en el colegio, hace unos tres o cuatro años, una psicóloga fue a dar una charla sobre abusos sexuales. Les dijo que debían contar a sus padres o a sus profesores si un adulto los tocaba de manera rara. Ante la pregunta de qué era *una manera rara*, puso varios ejemplos: una mano en la entrepierna, en la rodilla o en el muslo. Un niño levantó la mano para preguntar. Explicó que su maestro de inglés solía cogerle por el pescuezo, pero en broma. Cuando le pidieron que lo detallase mejor, el niño dijo que lo agarraba por detrás, por la nuca, y se quedaba un rato apretando mucho, sin dejar que se escabullera, como una broma, repitió. Pero ¿movía la mano?, preguntó la psicóloga, y también: ¿cuánto tiempo se quedaba así, agarrándolo? Cinco minutos, dijo el niño -aunque probablemente no sabía cuánto duraban cinco minutos-. Un rato así, dijo

luego, y escenificó la escena con su compañero, muertos de risa los dos. La psicóloga dijo que hablaría con el maestro de inglés, por si acaso. Aquello de la nuca es lo único que Casi recuerda de la charla.

En todo caso, tampoco el Viejo le ha puesto a ella la mano en la nuca.

Él ya sabe que no está permitido hablar con niños -se lo advirtieron una vez unos agentes de policía-, pero por suerte Casi ya no es una niña, no debería haber problema, ¿no es así? Ella frunce las cejas. ¿Qué agentes de policía le advirtieron y por qué?, quiere saber. Ah, sucedió hace tiempo, cuenta él. ¡No sabía que estuviese prohibido! Es también lo que les dijo a ellos, a los agentes, que no había visto escrito en ningún lado que no se pudiese hablar con niños. La escena fue así: el Viejo estaba dando su paseo matutino un día de mucho calor. Se detuvo a descansar junto a un colegio; en el patio de recreo jugaban unos niños no muy grandes, ¡de unos seis o siete años! Le hicieron mucha gracia porque les daba igual estar allí, bajo el soletazo, eran inmunes al bochorno. Saltaban, se tiraban globitos de agua y hacían el ganso mientras la maestra que supuestamente debía vigilarlos se abanicaba más allá, a la sombra. El Viejo se acercó a la valla, chistó para llamarlos y hablar con ellos. Primero se acercó uno, más atrevido que el resto, y luego fueron acudiendo los demás, ¡uno a uno!, perdiendo la timidez, entre risas. El Viejo les dijo: tiradme a mí también un globo de esos, me muero de calor, quiero una bomba de agua, y los niños se lo tiraron, riendo a carcajadas. Se sentó en el suelo para seguir hablando con ellos. Para ponerme a su altura, explica, porque ¡eran de verdad muy pequeños! Fue entonces cuando vio a su vecina pasando por la acera de enfrente, su vecina que lo miraba con estupor, aunque en aquel momento no le dio más importancia, se limitó a alzar el brazo para saludarla y se quedó allí, con los niños, un rato más. Hablaron de cuánta agua se puede meter en un globo antes de que explote y de cómo el color de la goma se va aclarando a medida que se hincha. Les explicó que algo parecido pasa con el buche de los pájaros cuando se atiborran de comida pero que, a diferencia de los globos, los bucheros nunca explotan. Estaba tan absorto en la conversación que no sintió llegar a los agentes, ¡solo se dio cuenta por las miradas de los niños!, y entonces volvió la cabeza y allí estaban, dos agentes, uno joven y otro mayor, los dos muy serios, muy profesionales. ¿Qué hace usted aquí?, le preguntaron. Hablaba con los niños, dijo él. Con los niños no se habla, dijo el más joven, mientras el mayor los espantaba a todos, vamos, vamos, fuera de aquí, y ellos se dispersaban como pollitos asustados, contagiándose del temor. Alguien debía de haber avisado también a la maestra,

que se acercaba ahora corriendo muy alarmada, exageradamente alarmada, casi gritando, por dios, por dios, decía, qué barbaridad, es horrible, mis niños, ¿qué les ha hecho usted a mis niños?, cuando lo verdaderamente horrible -dice el Viejo- era el oportunismo de aquella maestra, ¡a quien nada le habían importado los niños antes de llegar la policía! Mis niños, mis niños, gritaba, y hasta el agente mayor parecía avergonzado al tranquilizarla: no se preocupe, señora, solo estaban hablando. Pero el otro agente, el más joven, era mucho más duro, tenía los ojos como de acero -como dos canicas de acero-, y los labios muy finos y muy tensos, y le decía: no está permitido hablar con niños, ¿me entiende, señor? Le preguntó también por qué llevaba aquellos prismáticos, qué pretendía mirar con ellos. Pájaros, dijo el Viejo. ¡Pájaros!, repitió el otro con desprecio. No queremos volver a verlo por aquí nunca más, ni a usted ni a sus prismáticos, la próxima vez tendremos que detenerlo para hacerle unas preguntitas. ¿Unas preguntitas?, se interesó el Viejo. Podía responder ya a esas preguntitas sin problema, no tenía inconveniente en adelantar tiempo y facilitarles el trámite, pero debieron de tomar su ofrecimiento como una provocación. El agente joven, muy enfadado, se acercó al Viejo en actitud amenazante y dijo: ¿no me ha entendido, señor, o se hace el tonto? El otro agente, el mayor, trató de calmarlo y le pidió que lo dejase en paz. Es un pobre zumbado, ¿no lo ves?, dijo. Esto al Viejo le dolió mucho más que la bronca: que aquel agente, que claramente era más amable y comprensivo que el otro, lo hubiese catalogado como *zumbado*. Pero aún más le dolió saber -como supo más tarde- que quien había avisado a la policía fue su vecina, aquella que lo miró desde la otra acera, la vecina a la que conocía desde hacía años, a la que daba los buenos días y felicitaba la Navidad, a la que ayudaba con las bolsas cuando iba muy cargada, a la que había regalado una casita de madera para pájaros, a la que siempre creyó que le caía bien aunque, desde ese día, ¡supo que no era así, qué decepción!

La rata está merodeando con total tranquilidad al pie del árbol cuando Casi se cuelga por el hueco del seto. Levanta la cabecita y la mira sin inmutarse hasta que ella grita y entonces -solo entonces- corre en dirección contraria, aunque perezosamente. El grito de Casi ha sido más por la sorpresa que por asco. La rata no era fea del todo; ha vuelto la cabeza con cierta gracia, con el hocico temblón y los miopes ojos deslumbrados. Aun así, no le gustaría que volviese a aparecer. Siempre ha oído decir que las ratas transmiten enfermedades y que, cuando se las acorrala, se vuelven muy agresivas y saltan para morder en la cara. A Casi no le gustaría que le mordieran en la cara. Ya bastante fea se ve como para además

permitirse el lujo de que la deforme una rata de un mordisco. Se le ocurre que podría comprar veneno y ponerlo en el refugio. Pero cuando se lo cuenta al Viejo, él agita los brazos espantado. ¡De ninguna manera!, le dice. El veneno podrían comérselo los perros, los pájaros, cualquier animalillo que pase cerca. Incluso pensando en las ratas: ¿de verdad quiere darles una muerte tan terrible? ¡Pero si no son ninguna amenaza, si huyen en cuanto se les acerca alguien! Ella se avergüenza de inmediato y finge que lo había dicho en broma. El Viejo repite, muy serio: eso, nada de venenos. ¡Prohibido los venenos! ¡Prohibido incluso pensar en venenos!

(Solo más adelante sabrá Casi que una vez él tomó veneno. No para matarse realmente, confiesa, lo hizo solo para llamar la atención, desesperado, aun sabiendo que corría el riesgo de morir. Lo único que pretendía era hacerles ver a los de la clínica que de verdad necesitaba pasear solo. Si le dejaban pasear solo aunque fuese un ratito -de noche, por ejemplo, cuando no había posibilidad de encontrarse con nadie-, se pondría bien mucho antes, ¡se recuperaría en un pispás! Pero su estrategia surtió el efecto contrario. No entendieron nada. No lo dejaban solo ni un minuto. Le daban medicinas nuevas, unas gotas que lo adormecían todo el día y unas inyecciones muy dolorosas que conseguían que sonriese como un bobo. Comprendió que estos, los policías de la mente, solo lo dejarían en paz cuando él acatase una a una todas las imposiciones: horarios, dosis, turnos, actividades en grupo, colaborativas, etc. Y por supuesto, ¡nada de venenos! Cambió su táctica y consiguió salir de allí al cabo de un año.

Pero todo esto, de momento, Casi no lo sabe.)

¿Conoce ella esa clase de pájaros que no tienen patas y que, como no pueden posarse en ningún sitio, pasan toda su vida en el aire? Apoyada sobre un codo, Casi lo mira incrédula. No es posible, dice, los pájaros sin patas no existen. Sí, sí existen, insiste el Viejo, ¡yo vi uno una vez! En realidad, ¡lo vio muerto! Había caído a la tierra, exhausto, y era de color azul pálido, y su cuerpo era tan diminuto como un dedo meñique. Pesaba menos que una pluma, pero sus alas desplegadas eran muy anchas y tan transparentes que el color del cielo podía verse a través de ellas. Esto es lo que se llama protección a través del color, le explica. Camuflaje. Así se protegen, por ejemplo, de los halcones o de otros depredadores, ¡pero también impide que podamos verlos! Estos pájaros, continúa el Viejo, lo hacen todo en el aire, pasan sus vidas completas allá arriba, comen y duermen en el cielo, ¡y solo bajan a la tierra para morir! Me gustaría

vivir así, murmura Casi. El Viejo sonríe. A él también, hay muchísima gente que sueña con ser como esos pájaros, volar y volar siempre sin tener que mancharse de tierra. Nunca corromperse, añade, pensativo.

Los dos se quedan callados mirando al cielo, escudriñándolo. Ella le pide los prismáticos, se entretiene con ellos un buen rato. Si alguna vez se encuentra el cadáver de otro pájaro sin patas, le dice, ¿podría cogerlo para enseñárselo? No es desconfianza, pero realmente le cuesta imaginar que exista una criatura así y daría lo que fuese por verlo. Ojalá se pudiera ser tan libre, piensa, volar sin tocar tierra, pero lo cierto es que todos los pájaros tienen patas y eso que cuenta el Viejo debe de ser una leyenda o un mito. Casi no cree ni en leyendas ni en mitos, aunque eso tampoco se lo dice al Viejo: no quisiera enfadarlo ni ofenderlo.

Lo cierto es que sus gustos musicales han cambiado. El Viejo la sorprende canturreando *Why don't you see it? Why don't you feel it? I don't know, I don't know. You don't have to live next to me, just give me my equality*, y la interrumpe: Casi, ¿sabes lo que estás cantando? Ella no tiene ni idea; tarareaba espontáneamente. «Mississippi Goddam», ¡uno de los temas míticos de Nina Simone! ¡Lo compuso en tan solo una hora! ¡Fue una de sus primeras canciones protesta! No es la única letra que Casi se ha aprendido sin darse cuenta, y eso que no es muy buena en inglés. Tampoco el Viejo lo es, pero ha memorizado todos los temas y sus versiones, de dónde vienen, quién los compuso y en qué fecha, su traducción y significado, su historia y sus anécdotas, dónde los cantó Nina por primera vez, dónde por última. Por supuesto, ha reunido la discografía completa de su diosa, rarezas y vinilos incluidos, a pesar de no tener reproductor de vinilo.

Para Casi sigue siendo un enigma de dónde saca el dinero, aunque es evidente que tiene poco, y que el poco que tiene lo gasta casi en exclusiva en sus aficiones. Le da la impresión de que lo único que come son las chucherías que comparte con ella, y bollos migados en café con leche. Él mismo le ha contado que compra tres bollos al día: uno para los pájaros y dos para él. Dos bollos al día, las chucherías y quizá algún plátano -es la única fruta que se permite, le dice: ¡la más barata, fósforo puro!-: esa debe de ser su dieta básica. Cuando Casi desenvuelve su bocadillo y el olor a embutido se expande alrededor, él se queda mirando en silencio. Casi suele ofrecerle un bocadito y él siempre lo rechaza, pero ella piensa que es como prueba de su distinción, aunque posiblemente se muera de ganas de probarlo.

Una mañana aparece vestido de otra forma, sin su traje, con un pantalón vaquero que le está grande y un polo de rayas de manga larga, verde y naranja. Transmite desamparo, es evidente que no se encuentra cómodo y que se siente incluso avergonzado. Para que no se le caiga, se ha amarrado el pantalón con un cinturón de cuero que le forma montones de pliegues en torno a las trabillas. Parece una lechuga, piensa Casi, pero finge no darse cuenta. No hace falta. Es el mismo Viejo quien menciona, con desolación, su aspecto. Tuvo que llevar el traje a la tintorería y lo único que le queda es esa ropa, la que le dejaron. Casi le pregunta quién se la dejó, le pregunta también por qué tiene un solo traje. Tiene dos, dice el Viejo sacando pecho, ¡uno de invierno y uno de verano! Son trajes buenos, costaban más de quinientos euros cada uno cuando los compró, y de eso hace muchos años. Tiene también varias camisas, cuatro o cinco camisas, y unas cuantas corbatas, ¡aunque solo para las ocasiones! Como es ropa buena, inadecuada para la lavadora, la lleva a la tintorería cuando hace falta. La lleva toda de una vez, porque hacen un descuento cuanto mayor es el número de prendas, ¡por eso se ha quedado ahora sin nada! En cuanto a las prendas que viste -esos espantosos vaqueros y el polo de rayas-, pertenecieron a un amigo suyo de la clínica, se las dieron a él cuando su amigo murió, metidas en un paquete con otras pertenencias personales. No se murió su amigo, dice después: se ahorcó. ¡Está llevando la ropa de un ahorcado!

Verdaderamente hoy se siente triste y no quiere ahorrarle la amargura a Casi. Su amigo se mató, repite, y ahora él usa su ropa cuando se queda sin nada que ponerse. Antes, cuando llevaba la ropa a la tintorería, no salía de casa hasta que lo llamaban para recogerla. No se puede ir por la calle con esta facha, dice, ¡ningún hombre debería jamás usar vaqueros! Pero ahora es diferente. No voy a dejar de venir a verte por esto, ¿verdad?, dice señalándose. No, claro, responde Casi, aunque es cierto que ella lo prefiere con traje: con traje es un viejo distinguido y hasta misterioso, un hombre de elegancia decadente. Así parece solo un pobre viejo, casi un mendigo.

A Casi nunca le gustó ir al colegio. De pequeña, su padre la premiaba con caramelos si hacía el camino sin refunfuñar. Si además sonreía y demostraba estar contenta -es decir, lo fingía-, recibía hasta dos caramelos. Caramelos como señuelo: le gustaban unos de limón con un relleno blando, dulce pero también ligeramente picante. Eran grandes y se chupaban durante minutos hasta que la lengua se llenaba, de pronto, de una explosión de sabor y una efervescencia viscosa y rara. Su madre decía que no eran sanos -¡demasiado azúcar en esos

caramelos!-, por eso el padre se los daba a escondidas, aunque ella ahora cree que todo ese secreto era algo pactado entre los dos, para darle más gracia a la cosa, motivación extra para Casi. Lo que pasó fue que terminó aborreciendo los caramelos. Asoció su sabor a la obligación del camino, a los niños apostados en la esquina, con sus mochilas, esperándose unos a otros, mirándola desde arriba o desde abajo, nunca de frente. Lo que peor llevaba era cruzar por delante de un grupo de niños. Todavía le sigue pasando.

El curso anterior consiguió ver el cuaderno de notas de la orientadora. Le había dado cita en el despacho para hablar de sus problemas de integración -Casi nunca los hubiese diagnosticado así, como *problemas de integración*-, pero tuvo que salir un momento para hacer una llamada telefónica privada -*llamada telefónica privada*, dijo: la orientadora hablaba así todo el tiempo-. Se quedó esperando en su silla, con el cuaderno de notas enfrente, colocado en sentido contrario, abierto por su ficha. Bajo el temor de que la descubriese, se esforzó para leerlo sin moverse, descifrando las letras al revés, lo cual le costó su buen trabajo. ¿Y qué ponía?, pregunta el Viejo, también él intrigado. *Problemas de integración*, responde Casi, esas tres palabras estaban subrayadas en rojo. Y también: *acomplejada pero inteligente, es posible que se crea superior al resto*. Esto le sorprendió mucho, porque de algún modo lo que Casi se siente es *inferior*, no *superior* al resto, y le ofendía que la orientadora, que jamás había hablado ni un minuto con ella, hubiese anotado justo lo contrario. También había algunas notas sobre su familia. *Estructurada*, ponía. *Padres mayores. Profesiones liberales. Segunda hija. Buen barrio*. No pudo resistirse a alargar la mano y mirar otras fichas del cuaderno, las de otros alumnos de su clase. Leyó cosas como: *Padres separados. Come a diario en casa de la abuela. Acumula carencias desde la educación primaria. Problemas cognitivos. ¿Déficit de atención? Hiperactividad. Buen carácter, pero dificultades de conceptualización. Necesidad de intervención social. Bulímica. Busca llamar la atención, es posible que no obtenga cariño suficiente en casa. Buena integración. Competitivo y responsable*. Cerró el cuaderno bruscamente al oír los pasos de la orientadora, que entró con su sonrisa de siempre -los dientes ordenaditos, sujetos por un finísimo *bracket*-, y regresó a su asiento. Ya no recuerda de qué hablaron. Le daba vueltas a lo que había leído. Le aterraba pensar que los profesores compartieran este tipo de anotaciones, que hablaran sobre ellos, los alumnos, intercambiando fichas como quien intercambia cromos. El Viejo asiente. Esos cuadernos, dice, ¡son como los que usaban en la clínica! Los vigilantes de la moral hacen sus diagnósticos mentales diseccionando familias, ¡nunca salen de

eso! De las madres siempre se habla, de un modo o de otro, estén o no, se las quiera o no, sean jóvenes o viejas, maltratadoras o controladoras: ¡hasta si han muerto se habla de ellas! A él le molestaba que hablaran de su madre. Se ponía violento cada vez que sucedía, e incluso cuando le parecía que sucedía -pues hablaban de ella a sus espaldas, murmurando-. Había muchas fichas en la clínica, muchos expedientes, dos o tres salas completas llenas de expedientes en carpetas azules, cientos, miles de carpetas azules a tope de expedientes. Él hubiese resumido su expediente en una sola frase: *Este hombre necesita pasear*. ¡Pasear solo, sin ser molestado!, con eso hubiese bastado, ¡qué sencillo! Si uno lo piensa bien, cada una de las fichas de los internos, o de los alumnos, podría resumirse en una sola frase. ¡Cuánta palabrería!

¿Por qué estabas allí, Viejo?, se atreve a preguntar al fin. No cree que no se lo quiera contar; más bien lo da por sabido, como si no hiciese falta explicarlo o hubiese olvidado hacerlo, pero Casi sí necesita que se lo explique, a pesar de que él la mira sin comprender -¿*allí dónde?*, dice- y ella tiene que concretar -en la clínica, ¿por qué estabas ingresado en esa clínica?-. El Viejo está sentado sobre la toalla, otra vez con su traje clarito, su traje ya limpio recién recogido de la tintorería y el pañuelo que sobresale del bolsillo de la chaqueta bien doblado. La mañana está despacible, un viento frío agita las ramas del olmo siberiano, caen las hojas sobre ellos -día a día, hoja a hoja, el árbol se les está pelando encima-. El Viejo está pensando y ella se teme que ahora le dé largas, que finalmente no haya sido una cuestión de olvido, sino una ocultación premeditada. Pero el Viejo al fin habla y dice que la culpa fue de los policías de la mente, no suya, él no hizo nada para que tuvieran que encerrarlo. Él estaba feliz haciendo su trabajo, por aquel entonces trabajaba en la reserva de pájaros, ¿se acuerda Casi de la reserva? Pero la policía de la mente no perdona la felicidad a los que son como él, los que no tienen una madre y un padre como todo el mundo, ¡sino una madre y un padre-abuelo en uno! Estos, sigue diciendo -cada vez más alterado, más atropellado-, los monstruos como él, ¡no pueden ser felices!, y viendo ellos, los policías de la mente, lo bien que desempeñaba su trabajo en la reserva, con eficiencia y profesionalidad, con puntualidad y buen juicio, viendo que todas sus teorías sobre los idiotas y los deficientes y los cretinos se desmoronaban y perdían toda validez, ¡acordaron encerrarlo!, ¡se inventaron una excusa para hacerlo!, ¡y *voilà!*

El Viejo tiene ahora la mirada encendida, el pelo revuelto y las gafas descolocadas. Mientras ha hablado se ha colgado del cuello los prismáticos, se los ha quitado, los ha regulado, se los ha vuelto a colgar, todo con brusquedad y

nerviosismo. Con estupor, Casi tartamudea: ¿tu... padre era también tu abuelo? ¡Sí, sí, has oído bien!, responde él sacándose otra vez los prismáticos y lanzándolos lejos, más allá de los setos. ¿Por qué pones la misma cara que ponen todos?, pregunta, y se levanta de un salto, pisotea el césped. El viento frío se cuela entre los dos y a Casi le invade la intriga, más que el miedo.

Solo tras un silencio, solo cuando él ha pedido disculpas, ha recogido los prismáticos y ha comprobado que no se han dañado, solo cuando empieza a parecer más tranquilo -la respiración más calmada, la mirada inofensiva-, ella le pide que se explique. Viejo, de verdad, no te entiendo, susurra.

Bueno, ¡al principio él tampoco lo entendía! Tardó mucho en entenderlo, probablemente no tenía casi catorce, ¡sino más de catorce, muchos más de catorce! Que tu padre también sea tu abuelo no es raro si nadie te ha dicho antes que lo es, ¿no es así? ¡Para él, era de lo más normal! Pero cuando lo supo, comprendió las miradas huidizas, los murmullos, la casa sin visitas, su madre tan callada, el padre con arrugas y bastón. Es un error que ya se lleva siempre como una res marcada por el fuego, ¡y por eso lo encerraron, por nada más!

Desde que el Viejo mencionó que tiene un padreabuelo, Casi da vueltas a la idea constantemente, se siente atraída y repelida a la vez por ella. Siempre escuchó decir que los niños que nacen dentro de una misma familia -hijos de hermanos, por ejemplosuelen estar tarados, por eso le incomoda sacar el tema, porque demuestra una curiosidad malsana y casi insultante, y porque sus ideas y prejuicios, después de todo, surgen del mismo lado que los de aquellos que él llamó *policías de la mente*: sus enemigos. Sin embargo, se siente intrigada. ¿Cómo pudo suceder algo así? ¿Él lo ve normal? ¿Y dónde está ahora su familia? ¿Lo abandonaron? Hay tantos huecos en la vida del Viejo, tantas cosas que no conoce, a pesar de que él habla y habla y habla... Como ahora, por ejemplo, que ante la inminente llegada del frío le describe las migraciones de pájaros hacia África y le explica que en los últimos años muchas especies -¡la cigüeña blanca!, ¡el águila calzada!- han cambiado su ruta por culpa del cambio climático. Es difícil interrumpir al Viejo cuando se explaya en todo lo que sabe, complicadísimo meter como si nada la cuña de lo íntimo y lo personal, pero Casi está alerta buscando el momento, y lo encuentra más tarde, cuando él le recita el «Blackbird» de Nina Simone, *Why you wanna fly, Blackbird? / You ain't ever gonna fly*, que significa por qué quieres volar, pájaro negro, nunca vas a volar, letra que al parecer trata de la opresión que padecían los negros en aquel tiempo, pero que quizá también trata de él -o incluso de ellos dos, nunca se sabe.

El Viejo le enseña despacio la letra de la canción, y esto, el «Blackbird» de Nina Simone, es lo que le da la excusa para preguntar por sus padres, en concreto los versos *No place big enough for holding / All the tears you're gonna cry / Cause your mama's name was «Lonely» / And your daddy's name was «Pain»*, que, según él traduce, viene a ser algo así como: no hay lugar bastante para todas las lágrimas que llorarás, porque el nombre de tu madre es Soledad y el nombre de tu padre Pena. ¿Soledad y Pena?, comenta Casi. ¡Vaya nombres! Es cierto que Soledad es un nombre -una tía suya se llama así- y Pena bien podría ser un apellido, aunque está claro que la canción no se refiere a nombres reales, sino simbólicos. Sin embargo, no es la simbología lo que ella necesita en esos momentos: quiere cosas exactas, datos exactos, nombres exactos, y por eso se hace la tonta y pregunta -se lanza al fin a preguntar- cómo se llaman sus padres, si es que viven, o cómo se llamaban, si ya murieron.

El Viejo se quita las gafas, se las limpia con lentitud con un kleenex, que desdobla y después vuelve a doblar cuidadosamente. Su padre murió, dice, era muy mayor, mucho mayor que su madre, ¡eso ella ya lo sabe! Se llamaba Adrián y su madre, dice, Adriana: ¡se ve que sus deseos de posesión venían de antiguo! En sus palabras se arrastra la amargura -quizá por primera vez-, un tipo de amargura distinto de la rabia que desprende cuando habla de la clínica o del cambio climático. Pero ¿tu madre aún vive?, se aventura Casi a preguntar. Sí, claro, su madre es todavía joven, lo que sucede es que apenas la ve, en realidad nunca la ha visto demasiado, su relación siempre ha sido distante, ella jamás pudo superar el rechazo que le causaba. Nadie nunca se lo reprochó, ¡todos la consideraban un poco rara! Ríe al decirlo: ella, la rara, y yo, el loco. Así los conocían en todos lados. Pero ni ella es rara ni él está loco. Él solo tiene las conexiones cerebrales enlazadas de un modo diferente; ciertas conexiones, ¡no todas!, lo que significa que algunas cosas no las hace muy bien -no las puede hacer muy bien-, pero en otras, en cambio, es un hacha, ¡no tiene competencia!

¿Su madre?, repite ensimismado. Vive en una residencia, no muy diferente de su clínica, ¡el mismo espíritu controlador reina allí!, pero al menos a ella la tratan con educación porque nunca les da problemas. Cuando va a visitarla, se cogen de la mano y se miran en silencio, muy directos, a los ojos. Antes su madre era incapaz de mirarlo así, siempre desviaba la vista hacia otro lado. Ahora, en cambio, lo observa con ansiedad, como para recuperar el tiempo perdido. Parece buscar algo mirándolo así, ¡algún tipo de respuesta! Pero no es fácil, ¿sabes?, dice el Viejo: no es fácil sostener una mirada tan fija, ¡tan inquisitiva! Prueba a ver, la reta, y mira a Casi muy serio, con sus ojos muy

abiertos tras las gafas recién limpiadas, con un pedacito de papel que se ha quedado colgando de una patilla, tan solemne y tan ridículo, ahora conteniendo la sonrisa por el juego, tan dispuesto a olvidar el drama, a cambiar de tema, a aligerar la situación, que finalmente los dos rompen a reír a carcajadas.

La clínica era como su instituto, pero a lo grande. Imagina, le dice el Viejo, que tienes que pasarte todo el día metida ahí, ¡entre esas paredes!, con profesores normales, alumnos normales y clases normales. En pocos días nadie sería ya normal, todos andarían desquiciados, ¿no es así? No hay más que fijarse en la desesperación de los pájaros en sus jaulas. Algunos se dan golpetazos contra los barrotes, se destrozan el pico tratando de escapar. Aunque estos son los menos: la mayoría termina asumiendo el encierro y cae en una especie de languidez perpetua. Los pájaros domésticos se vuelven estúpidos y cantan, sí, pero cantan sin ganas, ¡como autómatas! En la clínica, en vez de cantar, los internos jugaban al parchís o a las cartas o veían la televisión -documentales, películas tranquilas, para no alterarse-. Los trataban como a niños o a ancianos, cuando muchos de ellos -muchos de nosotros, dice- eran hombres y mujeres jóvenes o de mediana edad. A Casi le gustaría preguntar más detalles acerca de la vida en el psiquiátrico -pues ya no le cabe duda de que se trató de un psiquiátrico-, pero lo único que alcanza a preguntar es cuánto tiempo estuvo allí. El Viejo se encoge de hombros; no lo sabe calcular con exactitud. El tiempo allí es distinto, dice. ¿Más largo?, pregunta Casi. No, ni siquiera más largo: ¡distinto!, ¡se mide de otra forma!

Lo peor fue al principio. Lo encerraban en su habitación cuando se ponía nervioso, lo cual lo ponía más nervioso aún. Lo forzaban a tomar medicinas aunque él no había dado su consentimiento. ¡No doy mi consentimiento!, protestaba, pero en cuanto abría la boca para quejarse le metían una pastilla, y a veces lo sujetaban entre varios y le inyectaban calmantes. Este tipo de cosas las hacían con todo el mundo, para tenerlos bien calmados, ¡y todavía tenían que agradecer que ya no se aplican electroshocks! ¡Ahora lo llaman terapias electroconvulsivas! ¡Pero te fríen la cabeza lo mismo!

La compasión con que Casi lo escucha cede su espacio a la fascinación: la vida del Viejo es cada vez más enigmática e intrigante. El Viejo tiene un padreabuelo y estuvo en un manicomio -ahora piensa en esta palabra: *manicomio*-, tiene un pasado raro y oscuro, ha sido rechazado por una confabulación de policías de la mente que lo encerraron a la fuerza. Es posible que esa tarde, cuando finja hacer los deberes en casa, sentada en el escritorio en

su cuarto tranquilo y con la puerta cerrada, escriba sobre todo esto, adornándolo aquí y allá con un tono adecuado: *Poco a poco me va desvelando sus secretos; me los cuenta en voz baja, al oído; yo tiemblo mientras lo escucho; su voz es ronca y pausada, como la de los malos en las películas de miedo, pero él no es malo, yo no creo que él sea malo aunque posiblemente haya hecho cosas malvadas.*

Entonces tu padre era un monstruo. ¿Un monstruo? No, ¿por qué? ¡No más monstruo que los que lo atormentaban en la clínica! Su padre los quería. A ellos dos, a su madre y a él, los quería. El Viejo no guarda malos recuerdos suyos, ¡en absoluto! Lo recuerda, eso sí, torpe, brusco, parco en palabras. Grande. ¡Muy grande! Casi dos metros medía, dice, por fortuna él no heredó esa altura, ser tan alto no da más que problemas de espalda. Tímido. ¡También era tímido! Tenía los dientes en muy mal estado porque le daba vergüenza abrir la boca delante de un dentista. Nunca, nunca iba al médico. Apenas tenía amigos. ¡Por timidez, no por maldad!, insiste el Viejo. Salía a trabajar a la fábrica -era plomero-, volvía, ayudaba a su hija con las tareas de la casa, así un día y otro, ¡toda la vida! Los fines de semana iban juntos a la iglesia: era un hombre muy devoto, pero jamás comulgaba. A veces bebía mucho, bebía hasta caer desmayado, pero esto no sucedía todos los días, y jamás se ponía violento. La quería mucho, a su hija, su Adriana. Tanto que no la dejaba salir; temía que le ocurriera algo. Ahuyentaba a cualquier hombre que se acercara a ella y, más tarde, ¡también a cualquier mujer! En aquel tiempo las chicas no salían tanto como ahora. Que su madre se pasara todo el tiempo encerrada formaba parte de lo habitual. A nadie le extrañó, aunque precisamente eso, el encierro, debió de ser la causa de que pasara lo que pasó. El Viejo cree con sinceridad que su padre no lo hizo con mala intención. ¡Debió de confundir las cosas! Los vecinos supusieron que su madre se había quedado embarazada en un descuido, a saber de quién. Pensaron eso, o quisieron pensarlo, a pesar de que él, el Viejo, llamaba papá a su padre sin problema. Lo llamaba *papá* y no *abuelo*, y lo hacía en los lugares públicos, en la plaza, en la pequeña tienda de ultramarinos donde se aprovisionaban. De niño pasaba más tiempo con su padre-abuelo que con su madre, que siempre huía de él, limitándose a cuidarlo con apresuramiento, sin hablar ni jugar nunca. Luego, al crecer, tardó mucho en comprenderlo, ¡tenía por lo menos dieciséis años cuando el puzle encajó! Se obligó a odiar a su padre-abuelo, sin éxito. Desde que supo la verdad, justo desde aquel día, su vida se torció y fue infeliz. Fue por eso que empezó a buscar consuelo en los pájaros. Solo observándolos y leyendo sobre

ellos se sentía a salvo. Descubrió, por ejemplo, que el incesto es normal entre algunas especies. Hay montones de pájaros que copulan alegremente unos con otros sin pararse a pensar si está bien o no. ¿Quién tiene el derecho de decirles que eso no es correcto, que deben parar de inmediato? ¡Él, desde luego, no! Por fortuna, los pájaros le han salvado del rencor, entre otras cosas.

Casi lo espera mordiéndose las uñas, con un nudo en el vientre, tiritando. Ya no es agradable llegar tan temprano al refugio, mucho menos en los días sin sol, cuando la humedad del césped no cede y atraviesa la ropa hasta penetrar en la piel, la sensación de suciedad todo el día, recordando el engaño. El engaño en el que está viviendo, piensa Casi, ese engaño -esa trampa- relacionado con la carta certificada que guarda ahora en el bolsillo. El Viejo atraviesa el seto y abre los brazos sonriendo. ¿Qué te pasó ayer? ¿Cómo es que no viniste?, pregunta. Estuve con fiebre, Viejo, le dice ella, y me dolía la garganta, pero eso no tiene importancia, fue hasta una suerte, bien mirado, porque dio la casualidad de que cuando llegó el cartero estaba sola, así que fue ella quien recogió la carta y firmó el acuse de recibo correspondiente. El cartero es un hombre perezoso y desganado que hace la vista gorda cuando entrega una carta a una menor de edad, como es Casi: otro golpe de suerte. El caso es que la carta la tiene ella.

Se la tiende sin más, y el Viejo la lee despacio, moviendo los labios en silencio, todavía de pie, visible ante los operarios que pudieran pasar cerca -por esta vez, da igual-. Copia del traslado del expediente, dice, eso es lo que le están pidiendo, ¿no es así? Ella asiente, traga saliva. Un papel que debió presentarse con la cancelación de la matrícula antigua, sigue leyendo, y que es imprescindible. Hay un plazo, dice, ¿ha leído la carta hasta el final? Un plazo de quince días hábiles, dice ella -que no sabe muy bien qué significa *hábiles*, pero sí que *plazo de quince días* suena a poco, muy poco-. ¿Qué vamos a hacer?, pregunta el Viejo, y a ella le reconforta que hable en plural, pues el problema ahora es de los dos, él no va a abandonarla. ¿Qué vamos a hacer?, repite, pero no lo pregunta como lamento, sino verdaderamente tratando de encontrar una respuesta, de escapar del problema, de resolverlo. ¿Y si falsificamos el documento?, plantea Casi. Bastaría con encontrar un modelo en internet y copiarlo, ponerle un sello incluso -un sello aunque sea de otra cosa, basta con que sea un sello-. Héctor, el chico que faltaba tanto a clase, falsificó decenas de justificantes médicos que colaron durante años hasta que lo descubrieron. La cuestión es ganar tiempo, dice Casi, pero un soplo de aire frío sacude el árbol y un puñado de hojas cae sobre ellos, recordándoles que da igual ganar tiempo, porque el tiempo llegará igualmente, y será invierno.

¡Podemos no hacer nada!, dice el Viejo. Sabe por experiencia que los plazos se incumplen y no sucede nada. Esto -dice, agitando la carta con la mano-, esto, repite, no es más que un trámite burocrático, ¡un escrito que alguien imprimió y mandó porque tocaba hacerlo!, pero al que no se le va a hacer un seguimiento estricto, ya verás. Alguien, otra persona, deberá recordar que había un plazo y que ese plazo ya ha vencido; alguien deberá comprobar que, en efecto, nadie ha respondido a tal requerimiento; alguien deberá consultar qué nuevas medidas han de ponerse en marcha, ¡y ponerlas! Si por el camino alguien -otro alguien- decidiese contactar con sus padres por teléfono, comprobarían que el teléfono es erróneo, lo que podría suscitarles más dudas, pero... ¡a eso también se le llama ganar tiempo! Casi escucha al Viejo razonar, le reconforta la seguridad con que desmenuza las posibilidades futuras. Mira, le dice agachándose a su lado, poniéndole la mano sobre el brazo -¡poniéndole la mano sobre el brazo!, registra Casi-, todavía nos queda mucho tiempo. Es posible que manden un segundo, un tercer requerimiento antes de tomar medidas más drásticas. Suele ser así, le explica, la burocracia tiene sus plazos, no pueden saltárselos, se te acercan lentamente, paso a paso, ¡pero lentamente!

La policía de la mente también se ocupó de Nina Simone. Para explicar su rabia y devaluar las protestas raciales de sus canciones le diagnosticaron trastornos psíquicos, ¡la medicaron y la dejaron fuera de combate! Su androginia, dijeron, debía de estar relacionada con la bipolaridad. Su furia, con brotes psicóticos. Pero ¿qué hacer con todos los que la admiraban? ¿También estaban locos? Suelta una carcajada, ensimismado en su alegato. ¿Sabes quién es Nick Cave?, dice luego. Muy despacio Casi repite: *nic-queiv...*, no. ¿Quién? Uno de los muchos músicos que la adoraban. Compartieron escenario a finales del siglo pasado, y ¡por aquel entonces a Nina ya la habían machacado de lo lindo! Antes de empezar el concierto le preguntaron si quería tomar algo. Ella, tumbada y con los ojos cerrados, levantó la cabeza, abrió los ojos y ¿sabes lo que pidió? A Casi la escena le recuerda esas películas en las que se pregunta a los reos de muerte qué quieren cenar por última vez. ¿Qué pidió, Viejo?, pregunta. Oh, fíjate qué grande, dice él: champán, cocaína y salchichas. ¡Champán, cocaína y salchichas!, repite. ¡Es una respuesta brillante! ¡Genial! Ella no entiende por qué es genial. Sospecha que es solo porque la dijo Nina, razón suficiente para el Viejo. ¿Y se lo dieron?, pregunta con reservas, pues le asusta la naturalidad y la fascinación con que el Viejo ha mencionado la cocaína. Sí, claro que sí, ¡a una diva no se le niega nada! Antes de empezar a cantar, Nina se sacó

el chicle de la boca y lo dejó pegado a un lado del piano; se cuenta que Nick Cave lo recogió en una servilleta y que todavía lo conserva, como una reliquia. ¡Él ha escrito a la discográfica de Nick Cave ofreciéndose a comprarle ese chicle! Le ha ofrecido miles de dólares -dólares que no tiene, por supuesto, aunque quién sabe, lo primero es dar el paso-, ¡pero no ha obtenido respuesta! ¿Y para qué quiere él un chicle gastado? ¡Qué tontería, Viejo!, susurra Casi con un rastro de desdén.

En mi instituto todas las niñas tienen novio, suelta de repente, sin venir a cuento, mirando al suelo, escarbando en la tierra con sus zapatillas, y el Viejo la observa sin comprender qué está queriendo decir tras esa afirmación, si a ella le parece bien o no. Ah, no, me da igual, responde cuando le pregunta, es solo que todas tienen novio, como si fuese una moda, el año pasado ninguna tenía -o quizá solo una o dos, las más desarrolladas- y ahora tienen todas, se emparejan en cuanto pueden, aunque no les guste el chico que les tocó en suerte, simplemente porque sí, porque estar sin novio equivale a ser una pringada. ¿Y tú? ¿Tú tienes novio? Ella sacude la cabeza con énfasis. No, claro que no, qué asco. Nunca, nunca jamás tendrá novio. Los chicos son repugnantes. Todo el tiempo gastándose bromas pesadas y compitiendo entre ellos. Tan brutos y tan planos. ¿Y qué hacen las chicas con sus novios? Casi contesta con desgana, olvidada quizá de que fue ella quien empezó esa conversación: van al cine o al centro comercial, se esconden en los parques para morrearse, los fines de semana quedan en la discoteca juvenil, la que acaba a las once de la noche, un sitio espantoso: ella fue una vez y no quiere volver nunca más.

El Viejo permanece en silencio, con expresión preocupada. Pero Casi, exclama al fin, ¡no hay nada malo en enamorarse, algún día te pasará y lo entenderás! ¡Él se ha enamorado un montón de veces y es maravilloso! ¡Como si el mundo entero se untara de mantequilla y todo fuese más sabroso y mejor! Ella levanta una ceja: menuda comparación, piensa. Además, ya estuvo enamorada, le dice con superioridad, y sabe lo que es, es un horror, un asco, no se repetirá jamás. Todo ocurrió hace ya un tiempo, antes de que su hermano se marchara, cuando ella tenía doce años. Por aquel entonces, su hermano se echó un amigo que iba con él a todos lados. De él, de este amigo, es de quien ella se enamoró. Nunca había sentido nada similar por nadie. Se pasaba el día entero pensando en él, fabulando con él. Estaba sola, en su cuarto, y de pronto su nombre le salía de la boca, involuntariamente, y ella se regodeaba en aquel nombre, en repetir su nombre y escribirlo mil veces por todos lados: en la pared, en los cuadernos, en

el dorso de la mano y en el vaho del espejo. El corazón le saltaba cuando lo oía entrar en su casa acompañando a su hermano. Aunque la delataba el temblor en las piernas, salía a cruzarse con él, aparentando indiferencia, haciéndose la interesante -un libro bajo el brazo, los párpados caídos, caminando descalza con su tobillera tintineante-. Hola, decía, y todo el calor del mundo se le subía a las mejillas. Hola, respondía él, y con esas dos sílabas -con su recuerdo- Casi podía entretenerse durante días. Una tarde el hermano no estaba en casa cuando su amigo fue a buscarlo. La madre le dijo que entrara a esperarlo, no tardaría demasiado. A Casi se le ocurrió pasar por delante, simuló buscar algo en los cajones de la cómoda junto a la que se sentaba. La madre estaba lejos cuando él le preguntó en qué curso estaba -como si no lo supiera-, claramente para iniciar la conversación. Hablaron un rato, de esto y de lo otro. Ella bajó la guardia, entornó la mirada para seducirlo. Se había preparado para la ocasión: sentándose a su lado, con las piernas cruzadas, le contó lo que había averiguado sobre el grupo de rock que sabía que le gustaba. Él sonrió, le dio un beso inesperado en los labios. Casi se apartó sorprendida, pero después se inclinó hacia él para repetirlo. Esta vez, el chico se echó hacia atrás. Chica lista, le dijo, y después: ¿sabes que algún día serás muy guapa? *Serás*, en futuro, recalca Casi: ¿te das cuenta? De alguna manera, le hizo ver que no lo era en ese momento, que todavía no era apta para él. Cuando llegó su hermano, Casi se escabulló avergonzada. Pero pudo escucharlos mientras se marchaban. El amigo le decía: creo que tu hermanita está colada por mí. La pobre, dijo luego. *La pobre*. Su hermano rió, ni se te ocurra acercarte a mi hermana, amenazó, pero lo decía claramente bromeando, no para defenderla sino más bien al contrario, para atacarla, dejándola ante su amigo como una niña pequeña, una pobre niña idiota, la hermanita menor. Claro que no se va a enamorar nunca más, repite Casi. Nunca tendrá novio, ni se casará, ni tendrá hijos, nunca todo eso que se espera que una haga para que al final se rían de ti. Todo el mundo se ríe de las hermanas, de las esposas y de las madres, o insulta a través de ellas. Pero Casi no será nunca ninguna de esas cosas. Ni siquiera es ya hermana de nadie, porque su hermano se marchó al extranjero y es como si ya no tuviese hermano, como si nunca lo hubiese conocido.

Un día se echa a llorar de pronto, inesperadamente, y el Viejo la toma en su regazo. La intimidad física que se crea en ese momento -repentina, espontánea- es nueva para ellos, y hace que los dos estén incómodos. Sin embargo, permanecen en la misma postura varios minutos, acompasando sus

respiraciones, y él le pasa las manos por el pelo -sus primeras caricias- mientras ella deja caer sus brazos en las piernas de él, y su cabeza en la barriga de él. El Viejo no le pregunta por qué llora. Una pregunta así es superflua: uno debería ser capaz de intuirlo. Casi tampoco se esfuerza en dar explicaciones. Sabe que él no las espera. Es esa calma, solamente esa calma, pautada por el canto de un herrerillo -es lo único que dice el Viejo: ¿oyes?, un herrerillo-, y el aire frío, el invierno acercándose, el viento como síntoma de la amenaza.

No me asusta la muerte, dice con orgullo. Ella cree en la reencarnación. Ha leído algunos libros que la demuestran con evidencias científicas. Le gustaría reencarnarse en una gata, pero no en una gata cualquiera, sino en una salvaje, callejera. Los gatos callejeros son libres, dice, y son preciosos, y no le dan explicaciones a nadie de nada, y se pasan el día durmiendo y acicalándose, y por la noche salen a buscar bulla. El Viejo cruza los brazos. ¿Y si él se reencarnara en un pájaro? ¿Si por ejemplo viviese en el cuerpecillo de un gorrión? Ella lo cazaría, lo atormentaría atontándolo con su zarpa de gata, luego con la otra, ¡lo cogería del pescuezo y se lo zamparía de un mordisco! No, no, rectifica Casi, ella lo reconocería de inmediato, da igual el cuerpo donde uno se reencarne porque siempre se mantienen vestigios del alma -ese es el término correcto, según leyó: *vestigios del alma*-. Estos vestigios se reaniman con los estímulos adecuados, dando rienda suelta a los recuerdos, afirma con seguridad. Entonces, dice el Viejo, deberíamos tener recuerdos de nuestras almas pasadas, si es que en el pasado fuimos una cosa distinta a lo que somos ahora. Casi se queda seria, reflexiona. En efecto, concluye, debe de ser así, por eso ellos dos se sienten cercanos, se han reconocido porque en vidas anteriores debieron de estar también muy cerca, es posible que hayan sido flamencos atravesando juntos el Estrecho de Gibraltar o que hayan remado al lado de Cervantes en una galera; pudieron cosechar algodón mano a mano en Alabama, o quizá fueron gatos hermanos en la Antigua China o vacas en la India o madre e hijo humanos en Siberia. Mira de reojo al Viejo, se lanza: ¿podría ser incluso que en otra vida hayan sido novios, con otros cuerpos y en otro lugar, pero novios? Al instante se muerde los labios, avergonzada de su atrevimiento.

(Llega el fin, va llegando, con el frío que se ha echado encima definitivamente, incluso en esa ciudad en la que apenas hace nunca frío, y con los operarios que quizá -quizá- empiezan a sospechar. Casi lleva su chaquetón de pluma que no piensa quitarse en todo el día y una sudadera de felpa sobre la que

se sienta a esperar a su amigo. En su interior bulle ahora la prisa, o la necesidad, de forzar un desenlace acorde con su rebeldía tan ciega, y tan improductiva. O tal vez simplemente confunde las cosas, mezcla lo que se espera, lo que se teme y lo que se prejuzga, para que encaje con lo que es, lo que no tiene nombre. Atesora los momentos ambiguos, los lee con su mirada enferma y acomplejada. Los hombres no pueden ser amigos de las niñas, le han dicho siempre, y aún más: es *imposible* que un *viejo* se haga amigo de una *niña*. El viejo engaña, tiene intenciones ocultas, intenciones sucias. Esto es lo natural, no lo contrario, y lo que se diga de este viejo en minúscula es también aplicable al Viejo en mayúscula, al Viejo concreto, a su Viejo, barriendo así todas sus particularidades y excepciones. Para colmo el Viejo es muy extraño, no hace nada, no trabaja en nada, va a todos lados con unos prismáticos, se dedica a leer sobre pájaros y a empollarse las letras de las canciones de Nina Simone; el Viejo tuvo un padre-abuelo y una madre que no lo miraba; lo internaron en una clínica donde tuvieron que atarlo y medicarlo para que no atacase a nadie; el Viejo tiene solo dos trajes, uno de verano y otro de invierno, y cuando los lleva a la tintorería usa ropa prestada de un amigo suicida. Ella intuye que el Viejo es pobre, pero le encanta imaginárselo como un viejo rico; intuye que es inofensivo, pero si quiere sacar algo en limpio, debe imaginarlo como peligroso. No puede quedarse sin una historia que contar. Necesita una historia que contar.

Escribe en su diario: a veces una línea, pero otras varias páginas, párrafos y párrafos enteros acerca de su vida inventada, una vida donde nadie la llama cara de pan, donde Marga no es una compañera que la acosa, ni su hermano es el hermano que se largó, ni el amigo de su hermano es quien se refirió a ella diciendo *la pobre*, ni el Viejo es el Viejo que acaba de cruzar el seto y mira hacia arriba, a través de sus prismáticos, arrugando los ojos, tratando de identificar qué tipo exacto de cotorrita es la que se ha posado en la rama más alta del olmo siberiano.)

Viejo, el otro día le hablé a una vecina de ti. Él le ha llevado, para enseñárselo, lo que llama *una joya*: un tratado ornitológico francés de principios del siglo XX, con las páginas muy deterioradas -parece encaje, dice, acariciando los bordes- y sus hermosas ilustraciones a todo color de *perroquets* y *cygnes*. Una fortuna, había dicho al llegar, ¡le costó una fortuna!, pero aun así tenía que comprarlo, en la librería de viejo donde lo encontró estaba sepultado bajo otros tantos libros sin ningún valor, una pena, una pena, ¡había que rescatarlo! ¿Me estás escuchando?, insiste Casi, los brazos cruzados, el mentón bajo. El Viejo

levanta la cabeza, piensa en las palabras que ella dice. ¿Por qué?, pregunta. ¿Cómo que por qué? Otra pregunta hubiese sido más lógica, por ejemplo *de qué*, qué fue lo que contó de él, pero ¿*por qué*? Me dijiste que no tenías amigas, dice el Viejo, todavía distraído, hojeando a hurtadillas su tratado. No es una amiga, responde Casi, te he dicho que es una vecina. Una vecina de mi edad, matiza. ¿Y por qué le hablaste de mí?, repite con verdadero desinterés. Mordisqueándose las uñas, Casi no sabe bien cómo continuar. Quería saber qué piensa ella, su vecina. El Viejo suelta el tratado, lo deja con suavidad a un lado, la mira -ahora sí- con atención. ¿Qué piensa *de qué*? Ella arranca briznas de césped, que tritura entre sus dedos mientras habla. Qué piensa de que seamos amigos, de que vengas aquí todos los días a verme, de que me ayudes a faltar a clase y todo lo demás. ¿Yo te ayudo a faltar a clase? No, no es exactamente una ayuda, titubea Casi, es más bien que no la juzga y que la orienta sobre lo que debe hacer, como eso de no responder a la solicitud de documentación, por ejemplo. ¿Y qué piensa de mí, esa vecina tuya?, pregunta el Viejo. Me aconsejó que te preguntara directamente a ti. ¿Preguntar el qué? Si estarías aquí con cualquier otra chica o si es solo por mí. No entiendo, dice él. Si lo que necesitas es alguien con quien hablar, de tus pájaros y de Nina Simone y de esos asuntos suyos, una compañía que te podría dar cualquier otra persona -un chico, una chica, un hombre o una mujer-, o si es por mí en concreto, por algo que yo tengo y que a ti te gusta. Claro que es por ti, no me paro a hablar con los operarios ni con la mujer que me vende los bollos a diario, ¡vengo por ti! Pero ¿por qué?, quiere saber Casi, y es ahora ella quien pregunta *por qué*. ¿Hay algo en ella que le gusta? ¿Algo que le hace volver un día y otro? ¿Algo que tiene ya o algo que espera conseguir algún día? Siente el apremio de llegar a algún sitio, a alguna conclusión, y el Viejo no se lo está poniendo fácil. A los hombres les gustan las jovencitas, ¿no es así? Baja la mirada, avergonzada. ¿Es eso lo que está pasando entre ellos? No, no, no..., el Viejo arruga el rostro. No, insiste, se lo jura, no es eso, ¡ella no debe tener miedo! ¿Quién le ha hecho pensar así? ¿Su vecina le ha hecho pensar así? ¿No habían quedado en que se conocieron en otra vida y en que por eso se han reconocido?

Ahora Casi está callada, tratando de averiguar dónde está el problema. ¿No le gusta al Viejo? ¿Es porque es fea, porque es gorda, por los granitos en los brazos, porque nunca ha vivido nada digno de contarse, porque no tiene la voz ronca y seductora que tienen otras chicas? ¿Por su cara de pan? A muchas chicas las acosan los hombres. Ella ha escuchado historias de ese tipo. Pasa constantemente. Las acosan por internet, por ejemplo. Y en persona también.

Los profesores que les dan lecciones de piano o de inglés. Los monitores de tenis por la tarde, los de la clase de natación. Los vecinos. Los padres de las otras amigas. ¿Qué pasa entonces con ella? ¿No resulta atractiva para nadie? ¿Ni siquiera para el Viejo? Él ha vuelto ahora a su tratado -a su joya-, y le muestra las ilustraciones como si la conversación no hubiese tenido lugar. Ella se muerde los labios, intenta contener el temblor de la barbilla.

No son en absoluto buenos tiempos. De pura ansiedad Casi anda con el estómago encogido. A la vuelta de la esquina -en su caso, del seto- ronda la amenaza, y cada día se acerca más y más. Esta vez las cosas se han liado de verdad. Se lo cuenta al Viejo con la voz ahogada. Estaba almorzando con sus padres, le dice, cuando llamaron a la puerta, y era un agente de policía. Se asustaron muchísimo los tres, así que no resultó sospechoso -o no demasiado- que Casi se echase a llorar nada más verlo. El agente los tranquilizó, solo vengo a entregar un requerimiento, les dijo, es un mero trámite, pero tiene que ser así, una entrega oficial, y el requerimiento era de la inspección educativa, o de los servicios sociales, eso Casi no lo entendió bien. ¿Pudiste verlo?, pregunta el Viejo. No, solo por encima, pero los escuchó comentarlo, el papel no indicaba motivo, no indicaba nada, ni se pedía ya documento alguno. Era solo una cita obligatoria -una *comparecencia*, dijeron ambos, los padres-, una fecha, una hora y un sitio, y es dentro de unos días. Bueno, dice el Viejo, si es dentro de unos días, ¡lo mismo se les olvida!

Ella se estremece. ¿Cómo se les va a olvidar? ¡Están muy preocupados! Por supuesto, le preguntaron si había algo que no les hubiera contado. Cosas como: ¿se han metido contigo? ¿Te han hecho daño? ¿Te han amenazado? ¿Te han pedido dinero? Casi lo negó todo. Ninguna de las preguntas se acercaba lo más mínimo a la verdad. Quizá si sus padres hubiesen preguntado sobre la verdad, no habría podido negarla, pero para ellos es imposible imaginar lo que ha estado haciendo los últimos dos meses, casi tres. La madre sugirió llamar a la tutora para tratar de averiguar cuál era el problema, y entonces Casi sí que se derrumbó, se tiró al suelo, se puso de rodillas y le rogó que no lo hiciera. ¡La tutora no paraba de ridiculizarla delante de los otros!, mintió. Era mejor mantenerla aparte, por favor, por favor. La madre se quedó muy sorprendida. De acuerdo, dijo. Prometió que no la llamaría y que esperaría al día de la cita, aunque Casi no sabe si lo cumplirá o si lo ha dicho solo para tranquilizarla. Se teme lo segundo.

El Viejo extiende la toalla, saca un par de bolsas de patatas, le ofrece una,

sabor gruyère, le dice, ¡han salido nuevas! Casi se agarra la cabeza entre las manos. El Viejo no entiende nada, piensa, no se da cuenta de que es cuestión de días, o de horas, que la descubran, que se presente otro agente de policía en su casa y la detenga. El juego va a acabar, y Casi tiene miedo, y tiene prisa. No sabe qué va a pasar, ni cómo va a pasar, ni sabe cuáles son los pasos que ha de dar para provocar que pase.

Pero tiene que pasar algo, y tiene que ser ya.

Es más fácil imaginarse confesándolo luego, confesárselo a una amiga, por ejemplo -a Marga incluso-, o a un amigo -¡incluso mejor a un amigo!-, presumir, con aire atormentado y decadente, de su aura de chica maldita, de chica abusada, de chica que rozó el peligro y sobrevivió para contarlo. El Viejo no percibe el cambio de ella, la determinación que de pronto hay en ella, lo que complicará las cosas porque tendrá que empezar desde cero, y sin ayuda. Viejo, le dice, pero no sabe cómo continuar. Viejo, repite, y lo mira suplicándole colaboración sin que él entienda. ¿Qué pasa, Casi? ¿No quieres probarlas?, dice, ofreciéndole de nuevo patatas. No, dice ella, y enseguida, como un chispazo -¿y de dónde vendrá esa intuición, esa sabiduría?-, no me encuentro bien, me duele aquí, en la pierna. ¿En la pierna? ¿Por qué en la pierna? ¿Te has dado un golpe, te has caído? Sí, me he caído, y gime, pero su gemido es cantarín, poco creíble. El Viejo se levanta, se acerca, déjame ver, dice, justo lo que ella quería oír. Casi también se pone en pie, pero -inesperadamente- la invade la vergüenza, un enorme pudor ante la posibilidad de mostrarse -de mostrarle aunque sea un cachito de su carne-, y señala por encima del pantalón de chándal: aquí, me duele aquí. Pero ¿tienes una herida, te has hecho sangre, es un moratón, qué es lo que tienes, Casi? En un arranque, ella se baja el pantalón.

(Y no es casualidad entonces que el canto de un estornino rasgue el silencio que se crea entre ambos. Ella lo reconoce: un estornino, piensa. Ahora está bien entrenada.)

Casi está en bragas, con el pantalón de chándal por las rodillas. El Viejo, más aturrido por la brusquedad de ella que por la visión de sus muslos desnudos, da un paso atrás. Yo no veo nada, dice, y ella entonces se baja las bragas. ¿Y ahora ves algo?, grita.

El Viejo retrocede, se tapa la cara horrorizado, con los dedos extendidos, sus dedos gordos, feos y pecosos. ¿Qué haces, qué te he hecho?, pregunta, como si lo estuviese sometiendo a un castigo. Ella se queda inmóvil. Realmente se queda de piedra, se le agarrotan los brazos y las piernas, todo el calor se le sube a la cara y el resto del cuerpo se le enfría, se le hiela. Tápate, Casi, susurra el Viejo,

todavía con la cara oculta tras sus dedos, y ella tarda un rato en hacerlo, porque los músculos no le obedecen como debieran. Lo ve asustado pero no sabe bien por qué está asustado. ¿Porque podrían pillarlo los operarios y descubrirlo justo ahora, en ese aprieto? ¿O porque ella le horripila, porque ella le da asco? Rompe a llorar, tan desconcertada como él. El Viejo se aproxima, como si quisiera consolarla, pero retrocede otra vez, mientras los dedos bajan poco a poco por su rostro, dejando ya a la vista los ojos desorbitados, unos ojos distintos que la miran como jamás la habían mirado antes. Casi ya se ha subido el pantalón, se limpia las lágrimas con el antebrazo, solloza. Su desesperación también es nueva; nunca, jamás, sintió ese desgarró. Es ella quien se abalanza sobre él, quien lo abraza temblando, pegándose al cuerpo rígido del Viejo. ¿No te gusto?, pregunta. ¿No te gusto? El Viejo calla y ella coloca su mano en el pantalón de él, lo busca. Desconoce cómo ha de seguir, se traba con la cremallera. El Viejo no se mueve, solo jadea bajito, con un sonido agudo que está entre el gemido y el lloro, y su respiración se hace más honda y animal. Casi lo busca mientras él quiere huir, su cuerpo agarrotado -el cuerpo de los dos-, como un cadáver. Ella sigue llorando y él jadea más despacio, al borde de las lágrimas. Se separan. Se miran a los ojos un instante, menos de un segundo, y no son capaces de soportarlo. Casi agacha la cabeza, se encorva como si la hubiesen golpeado. El Viejo agarra la mochila del suelo, grita algo ininteligible y se va corriendo. Atraviesa los setos con tanta violencia que las ramas se quedan agitándose durante un buen rato, incluso cuando ya no puede oírse su carrera a lo lejos.

El vacío posterior es inmenso, tanto como el dolor, la vergüenza, la desesperación que siente al mirar el cielo, el frío, la humedad que le cala la ropa y que llega más allá de la piel, el silencio -sobre todo, el silencio-. ¿Dónde está el Viejo? ¿De verdad lo ha perdido para siempre? ¿Cómo es posible que todo siga igual menos él, que no está? Si tuviera cómo localizarlo, si tuviera al menos un teléfono -y, de todos modos, ¿qué podría decirle?: se le atragantarían las palabras-. Lo que quiere es verlo, le bastaría con verlo. Podría buscarlo por las calles donde le dijo que vivía; no sabe con exactitud el bloque pero podría investigar en los buzones; podría incluso preguntar por él -*un viejo así con gafas con una mochila y con prismáticos va siempre con un traje clarito y un abrigo enorme habla raro le gustan los pájaros*-. Sin embargo, la mera idea de hacerlo le revela lo absurdo, lo inadecuado que es todo. Opta por esperar. Cierra los ojos y lo invoca. Ven, Viejo, no te enfades conmigo, no me rechaces, no podría superarlo, van a pillar me pronto y ya no podré volver más.

En su diario lo ha contado de otra manera. No puede contar la verdad, tan deshonrosa. Esta vez no escoge las palabras con cuidado, ni se esfuerza en mejorar su letra, como hace normalmente. Escribe rápido, con precipitación, sintiéndose aliviada según rellena la hoja, pero muy mal cuando acaba y relee lo escrito. Las frases son contradictorias, están llenas de mentiras que son como aristas, de tanto como pinchan.

Así reaparece al cuarto día el Viejo: lloroso, tembloroso, rogando. Nunca, nunca, jamás deberá repetir lo que hizo la otra mañana, Casi, jura que nunca más lo harás. Y ella jura, cruza los dedos, cierra los ojos, lo promete, lo promete.

Viejo, tienes que perdonarme, le dice, y él -que hoy no grita, que hoy apenas susurra- le cuenta que en otro parque encontró un agapornis perdido, muy triste, muy desorientado, y le compró semillas que, con mucha paciencia, consiguió que comiera. Ella entiende que esa es su forma de concederle el perdón: hablarle de sus pájaros, como si nada malo hubiese sucedido.

A ella le gustaría hacer lo mismo, seguir como si nada, pero en su situación seguir es fracasar, su lugar no es el mismo que el del Viejo. Queda muy poco ya para la cita de la inspección educativa -o de los servicios sociales, Casi continúa sin saberlo-, unos días tan solo, se cuentan con los dedos de una mano, y ella incluso teme que antes de eso, en cualquier momento, se presente otra vez la policía en su casa y avergüence a sus padres definitivamente. Esto es lo que más teme: avergonzar a sus padres. Nada de lo que ha hecho ha sido en contra de ellos; le da igual defraudarlos -ya los ha defraudado muchas veces-, pero no dañarlos. Se imagina a los agentes mirándose entre ellos, pasmados, murmurando: ¿cómo es posible que esta niña haya faltado a clase casi tres meses y ellos, sus padres, hayan estado todo ese tiempo tan tranquilos?

El Viejo tiene una herida en la mano, un corte profundo que parece infectado. Se ha colocado una venda que no le cubre todo lo que debiera; la piel, hinchada, amoratada, asoma por debajo sin pudor. El vendaje está sucio y deshilachado. Pero Casi no va a preguntarle qué le ha pasado. No es solo por respeto. Quizá no quiera saberlo. Quizá sea mejor hacer como él, hablar solo de pájaros.

Podríamos irnos a vivir juntos, le dice sin pensarlo. ¿Dónde?, pregunta él. A ella le gusta que no cuestione el hecho en sí -vivir juntos- sino los aspectos prácticos: dónde, cómo, cuándo. No sabe dónde, pero lejos de allí -o quizá no muy lejos, dice, no tanto como para no poder visitar a sus padres de vez en cuando-. El Viejo se queda pensando: podrían irse al pie de una laguna, o de una charca, para observar el ciclo de las aves, los cortejos, la nidificación, las

migraciones. ¿Le gustaría? Ella se entusiasma, asiente. Quizá sería más fácil si se casaran, dice, porque si no se casan pueden ir a buscarlos y llevársela de allí - de la laguna o de donde sea- a la fuerza -pueden creer que el Viejo la ha raptado o que la ha seducido echándole una pócima en la bebida, como en los cuentos de hadas-. Pero si se casan, ya no pueden separarlos tan fácilmente, hay papeles que los juntan, hay que buscar abogados o jueces o lo que sea que invaliden esos papeles, y en eso se tarda mucho, muchísimo, y mientras tanto Casi irá cumpliendo años y se hará mayor de edad.

Él conoce una charca cercana a unos pinares, un lugar donde las puestas de sol parecen de otro mundo. Podrían construirse una cabaña de madera imitando las viejas chozas de los pescadores. Se comprarían un jeep de segunda mano para que Casi vaya a la ciudad cuando se saque el carnet de conducir. Quizá para entonces ya tenga alguna amiga y puedan ir juntas al cine o de compras. A él, al Viejo, no le apasiona el cine, ¡y mucho menos las compras!, pero comprende que Casi pueda tener otras necesidades.

Esto tenemos que planearlo más despacio, dice, no hay ninguna prisa, y a Casi le asalta, de pronto, la sospecha de que le esté dando largas. ¿Cómo no va a haber prisa? ¡Es cuestión de días, o de horas, que la detengan! El Viejo levanta su mano herida, mal vendada. Calma, le dice. Te juro que lo haremos. Más adelante, pero lo haremos, repite señalándola, siempre y cuando no vuelva a repetirse lo del otro día. ¡Nunca, nunca, puede volver a pasar lo del otro día!

Ella asiente, promete, incluso ríe.

Por fin una promesa fácil de cumplir.

SEGUNDA PARTE

LA CAFETERÍA

Has crecido, Casi. Ya tienes catorce. ¡Tienes *más* de catorce!

Pero él no podría llamarla Más. Qué feo nombre. Puede seguir siendo Casi, ¡si ella quiere! Casi quince. ¡Casi dieciséis! Siempre será Casi algo. Tiene toda la vida por delante.

El Viejo también ha cambiado. La cara más flaca, y dos arrugas nuevas que le atraviesan las mejillas de arriba abajo, como navajazos. También está más pálido. ¿Has estado enfermo?, pregunta Casi, y él hace un gesto ambiguo con la cabeza, una negación quizá, pero solo quizá. Ella piensa en los días que pasó en el calabozo hasta que lo exculparon. Oyó que no le dieron la medicina que necesitaba y que, a pesar de los ataques nerviosos, no lo visitó ningún médico. Ni siquiera sabía que el Viejo tomara medicación ni que pudiera padecer ataques. Había muchas cosas de él que no sabía.

Casi ya no tiene cara de pan. Al menos hace tiempo que nadie se lo dice. Marga se cambió de instituto y con ella se fueron gran parte de los apodos. De hecho, con su marcha, todo el instituto ha dado carpetazo a esa etapa. Pero cara de pan es un concepto que Casi todavía no ha conseguido sacudirse por completo. Un concepto que tiene que ver con la forma en que se estira la camiseta para ocultar su cuerpo o en llevar mangas largas a pesar del calor. Con el pelo tapándole la cara y la ropa muy ancha.

Ahora, al escuchar al Viejo llamándola otra vez por el nombre de Casi, le invade una profunda alegría, mezclada con arrepentimiento y con nostalgia. Lo siento mucho, Viejo, le dice, siento todo lo que te pasó por mi culpa. ¿Su culpa? No, no, no. El Viejo menea la cabeza con énfasis. ¿Qué culpa tiene Casi?

(Claro, ella no se atreve a contarle lo de su diario. Todo lo que ponía de él en su diario.)

Es paradójico que al final la descubrieran por bocazas. No porque faltasen documentos en su supuesto traslado de expediente. No porque la buscaran sus profesores ni porque sus compañeros de clase la estuviesen echando de menos. No porque la inspección educativa informase a sus padres. No por los operarios. Tampoco ellos, los operarios, habían hecho lo más mínimo por averiguar qué

estaba pasando cada día en el parque, a pesar de que no era difícil fijarse en ella - en ellos dos-, ni sospechar de los peligros que anidan tras los setos. Casi se pregunta: si no hubiese sido por su diario, ¿se habrían enterado de la existencia del Viejo? El asunto del absentismo pendía de un hilo, era cuestión de tiempo - de horas-, pero él podría haberse salvado de la quema. Cada página que escribía en su cuaderno era un pasito seguro hacia su condena. A medida que fabulaba, la realidad se le escapaba de las manos. Mientras modificaba al Viejo, lo destruía.

El refugio del parque... ¿Qué habrá sido del refugio del parque? Ella tardó en volver, tardó meses y meses, lo tenía prohibidísimo. Y cuando fue, era por la tarde y la luz caía desde otro ángulo, tan diferente que no parecía el mismo sitio. Esa fue justo la sensación que tuvo cuando se paró a mirar sobre los setos: la de extrañeza. Habían plantado setos nuevos, una doble fila de setos que ya no se podía atravesar tan fácilmente como antes. El árbol brillaba dorado bajo el sol. Mirado desde lejos, también era otro árbol, más majestuoso y menos acogedor. No es fácil resumir estas impresiones en palabras precisas. Lo único que dice es que volvió en cuanto pudo, aunque sabía que no lo iba a encontrar por allí. Admite que se sintió triste -aunque más que tristeza fue un malestar indefinido, al que no trata de poner nombre-. El Viejo se frota los ojos. Él también tardó mucho en volver. ¡Le aterraba que lo vieran por allí! Nadie le había prohibido que fuese, por supuesto; podía moverse por donde quisiera, ¡pero no incumplir la orden de alejamiento! Aunque ¿cómo evitar incumplirla si no puede saber exactamente dónde está Casi? Es una orden absurda, el Viejo no conoce su dirección, ni el instituto donde estudia, ni los pasos que da a diario. Podría habérsela encontrado sentada allí otra vez, como el primer día..., ¡y lo hubiesen apresado de inmediato! Aun así, se arriesgó, no pudo evitarlo. El parque está al lado de su casa, ¿cómo esquivarlo siempre? Los primeros días, cuando se atrevió a volver, tuvo que enfrentarse a las miraditas recelosas de los operarios. Una vez incluso lo paró un agente, le pidió la documentación, le preguntó qué hacía por allí y luego lo dejó marchar, ¡nada más! Poco a poco fue ganando confianza. Hasta que se asomó. El césped estaba muy crecido, había un par de mirlos picoteando la tierra en busca de lombrices. Lo miraron con indiferencia y siguieron a lo suyo. ¡El refugio ya no les pertenecía a ellos! ¡Ahora tenía otros dueños!

¿Te dio pena?, pregunta Casi. El Viejo lo piensa antes de contestar. No del todo, no... Por mucho que los mirlos sean una plaga, ¡no dejan de ser pájaros!

Por qué las cosas más simples son tan difíciles de creer es algo que Casi siempre se ha preguntado. Cuando le llegó el turno de explicarse, se atrancó, dio rodeos, tuvo la sensación de que mentía aunque dijese toda la verdad. Todos estaban en contra de ella, y ella, en cierto modo, se vio obligada a ponerse en contra de todos. ¿Quién era ese hombre, cómo había llegado a conocerlo, por qué lo veía a diario, qué pretendía de ella? De pronto, tuvo que ponerlo todo en palabras, todo aquello que no había precisado palabra alguna, o no el tipo de palabras que ellos demandaban. Quién era ese hombre, eso no podía decirlo. Lo único que podía decir es quién había sido para ella, pero esa parte del Viejo era suya en exclusiva, no podía compartirla con nadie aunque quisiera. Lo demás, lo que ellos querían en realidad saber -nombre completo, dni, domicilio, antecedentes familiares, historial médico, antecedentes penales...-, tampoco lo sabía, porque nunca había tenido verdadera curiosidad por saberlo: esa era la diferencia entre ellos, entre los que preguntaban -insistentes, tenaces, con la violencia escondida en el tono apaciguador con que los adultos hablan a los niños- y ella, la interrogada.

Sus respuestas -insatisfactorias, inverosímiles- sirvieron para darle más credibilidad a su diario: era más fácil creer que había pasado todo antes que admitir que, posiblemente, no había pasado nada.

(Por supuesto, estaban las contradicciones del diario -las contradicciones entre lo dicho y lo escrito e incluso entre lo escrito en una página y en la siguiente-, aunque en aquel momento Casi todavía no sabía que lo habían leído, qué escándalo.)

Me dijeron que habías abusado de una mujer, que te aprovechaste de ella. Esos antecedentes -así los llamaron: *antecedentes*- fueron los que levantaron la voz de alarma. Casi tuvo que montar su propio puzle hasta que entendió que se referían a la mujer de la reserva de pájaros, la mujer del guarda. Esa fue la razón de que lo encerraran en el psiquiátrico, no ninguna otra. Ahora Casi quiere saber la verdad. Quiere escuchar cómo se defiende.

El Viejo niega con la cabeza. Yo no abusé de nadie, dice, jamás toqué a esa mujer, Casi, ¡te han contado mal la historia! Como mucho, podría hablarse de acoso. Puede que *acoso* sea una palabra parecida a *abuso* y que alguien las haya mezclado por confusión o por pura maldad, ¡pero es muy diferente! Ellos lo cuentan mal y lo repiten así, erróneamente, unos y otros, extendiendo esa mentira horrible. Se aprieta las sienes con las manos. ¿Cómo puede Casi dudar de él? ¿De verdad cree posible esa historia?

Ella no sabe qué responder. Oyó contar tantas cosas desconcertantes sobre el Viejo que es incapaz de decidirse. Eran historias que lo inculpaban, convirtiéndolo en alguien completamente diferente a quien es -o a quien ella creía que era-. El problema fue que esa visión deformada, pervertida y adulterada del Viejo tenía su propia lógica interna, una lógica que encajaba con lo que ella había escrito en su diario. ¿Y entonces qué?

Acoso, abuso, no es lo mismo, protesta él, ¡y yo ni siquiera la acosé! Le gustaba observarla de lejos, eso sí, la seguía a veces por los caminos, en una ocasión se las arregló para entrar en su casa y se escondió dentro del armario para verla dormir la siesta. ¡Nada más, nada más! Nadie le había explicado que no se pudiera hacer eso, que era inadecuado. Si se lo hubiesen explicado, como el día en que los policías le informaron de la prohibición de hablar con niños, él se habría atendido a las reglas. Pero nunca, jamás le dieron una oportunidad. ¡Y tampoco se la dan ahora!

Champán, cocaína y salchichas. Eso fue, al parecer, lo que tomaron una soleada mañana en el refugio. El Viejo se había gastado su buen dinero en el alcohol y la droga, que Casi, por supuesto, no probó -a excepción de un sorbito de champán, mmm, qué rico-. Él aplaudió su conducta, no pretendía que una chica tan joven degustase las delicias prohibidas, aunque si ella quisiera, más adelante... Salchichas sí comieron los dos. Eran ahumadas, rellenas de queso, de las que vienen en bote cortadas en cachitos pequeños, bocaditos *gourmet* para aplacar el hambre del mediodía. Las acompañaron de pan de molde y todo lo que sobró se lo dieron a las palomas. *Qué merienda más peculiar*, escribió Casi aquel día, olvidando el bocata de chorizo, los dedos ensuciados por los cheetos y la botellita de agua rellena en la fuente.

La camarera los interrumpe de nuevo. Es la tercera vez que se acerca a su mesa. La primera fue para anotar el pedido. La segunda para preguntar si querían tomar algo más. No, dijeron. Ahora vuelve a insistir. Deben de llevar como dos horas allí sentados sin consumir. Pero no tienen más dinero. Casi, al menos, no tiene. El Viejo rebusca discretamente en sus bolsillos -con su discreción torpe- y pide dos vasos de agua. ¡Del grifo, por favor! La camarera suspira, tiene pinta de ofendida -por el gesto al volverse, por la forma de caminar hacia la barra-. Tarda en traerles el agua y lo hace maleducadamente, colocando de mala manera los vasos en la mesa y sin decir palabra. El agua está caliente; Casi, al probarla, nota restos de jabón en la lengua. El Viejo y ella se miran en silencio. Él ni siquiera se

da cuenta del desprecio que recibe. Quizá está acostumbrado. Pero Casi -que aún no llega a los quince y cuyo conocimiento del mundo es limitado- sí es capaz de ver que, en esa cafetería, el problema no es ella, sino él. Ella, a pesar de su edad, su inexperiencia y su pasado de cara de pan, podría encajar ahí -no tardará en encajar dentro de unos años-, será como esas otras chicas que están sentadas en la mesa del fondo, hablando entre risas -risas como gorjeos-, pavas, nerviosas, tontas. Pero él, el Viejo, él ya no tiene tiempo de adaptarse. El mundo debería darse la vuelta para que no llamase la atención su traje anticuado, las gafitas, el bigote hacia arriba, su dicción desacompañada y la mirada inquieta, distinta, de los desequilibrados.

A ambos les molesta el entorno, pero por razones diferentes. El Viejo dice: estábamos acostumbrados a estar solos, ¿esto es muy raro! Pero ella siente además un rastro de vergüenza, no exactamente porque la vean con él, con ese Viejo excéntrico, sino porque es testigo del trato que recibe, y sabe que no puede hacer nada por defenderlo.

A ella le gustaría que le contase más detalles. Qué pasó cuando lo detuvieron. Adónde lo llevaron exactamente. Qué le preguntaron. Qué le hicieron. Lo que Casi sabe son solo retazos, cosas que oyó aquí y allá sin conexión, frases apenas audibles atrapadas por casualidad, tras las puertas, en la cocina, conversaciones de teléfono mutiladas, y lo que sí le explicaron directamente, que ella sabe que es solo una parte, y por tanto mentira. Corrupción de menores, oyó decir, aunque luego supo que era una expresión en desuso. Ahora se habla de *delitos contra la libertad sexual*. Suena extraño, porque Casi no sabía que ella tuviera sexualidad, y mucho menos libertad al respecto. Para ella todo fue -todo es- incomprensible. Se ruboriza solo de pensar que le hiciesen las mismas preguntas que a ella. ¿Hubo tocamientos? ¿Te hizo fotografías? ¿Te pidió que te desnudases -entera o parcialmente-? ¿Se desnudó él? ¿Te enseñó vídeos o fotos de otros niños? ¿O de otros adultos cometiendo actos obscenos? El policía que preguntaba se dirigía a ella con suavidad, pero no se andaba con rodeos. Su madre, sentada al lado, le iba traduciendo en voz baja. *Obsceno* significa *sucio*, cosas que no se deben hacer con el cuerpo, cosas que dan vergüenza y te hacen sentirte mal. No, no, no, negaba Casi, aturdida. Pero, entonces, ¿eso que escribía en el cuaderno...? Ella enmudecía. ¿Por qué escribía tales cosas? ¿Debía admitir que las inventaba? ¿Equivalía eso a reconocer que había cometido un acto *obsceno*? Casi callaba, contenía las lágrimas, y eso subrayaba -claro está- lo que ocultaba.

No tengas miedo, le dijo el padre más tarde, y luego le oyó decir, susurrando, a la madre: lo está protegiendo, a *ese viejo verde*. Pervertido. Degenerado.

(Pero el Viejo no había hecho nada. Ella, en realidad, tampoco. Solo lo había escrito. Su letra infantil, redonda, se había hecho peligrosa, acusadora.)

El Viejo juguetea con las servilletas de papel. Las corta en tiras, las enrolla en torno a sus dedos rollizos, hace anillos con ellas, uno en cada dedo. Las mismas preguntas que le hicieron a ella se las harían a él, sin duda, pero en otro tono, sin una madre que se las fuera traduciendo, con grosería y sin miramientos. Se negó a declarar, oyó decir. Un silencio culposo, el suyo, porque no hablar es admitir. Quien calla otorga.

El Viejo no va a contarle los detalles. No va a contarle nada de aquellos días. A él le encantaría volver a hablar de pájaros. Es lo único que le dice. ¡Lo echa de menos! ¿Sabe Casi que hace apenas unos días descubrieron una especie nueva de pinzón? ¡Apenas quedan unos trescientos en el mundo, tan pocos que por eso estaban sin catalogar! Increíble, porque su color es inaudito, azul puro, azul limpísimo. ¡Podría haberse extinguido y nadie, nunca jamás, habría dejado registro de su paso por el mundo!

Casi le pregunta más datos sobre el pájaro. Dónde vive. Qué tamaño tiene. Qué come. El Viejo responde a todo con una pizca de orgullo, como el niño que se ha aprendido la lección. A Casi le sigue fascinando su capacidad para memorizar información, pero ahora lo mira desde otro lado, como si ella fuese mayor que él.

Le dijeron también que el Viejo era retrasado, pero ella quiere creer que es mentira, como todo lo demás. O como casi todo.

Precisamente por el asunto del Viejo, nadie se preocupó demasiado por lo del instituto. Insinuaron que pudo ser el Viejo quien la instigó a faltar, posiblemente bajo coacciones y amenazas. Ella insistió en que había sido por decisión propia, pero aun así tardaron en creerla, o nunca la creyeron, y en todo caso fue un acto - el de no ir a clase- que terminó pasando desapercibido, como si no hubiese sido la raíz de todo, e incluso la semilla. Ahora Casi sí va al instituto, no falta ni un solo día -sus profesores deben de estar advertidos para avisar, de inmediato, ante cualquier ausencia-. Ahora que no está Marga y que ella ya no tiene cara de pan, el instituto puede soportarse. Siguen molestándole los trabajos en grupo, pero es cuestión de acostumbrarse, le dice su tutora. Todo volverá a la normalidad, dice

después, aunque Casi no comprende qué quiere decir con *normalidad*. Prácticamente todas las chicas de su clase tienen novio -las que los tenían el año anterior, ya los han sustituido por otros-, y muchas se han acostado con ellos. Ella ya ha comprendido que *acostarse* no significa solamente *tumbarse al lado*, sino hacer otras muchas cosas que se acercan a la descripción que hizo su madre de *actos obscenos*. Sin embargo, estas chicas no son vigiladas por sus profesores, y si faltan a clase, no avisan al minuto, como sí harían con ella. Al lado de estas chicas, Casi sigue siendo un poco rara, y es posible que pronto tenga que buscarse un novio para no dar demasiado la nota. El día que se enovie con uno de su edad empezará a olvidarse del Viejo, eso que dicen de su síndrome de Estocolmo, de que en realidad estaba enamorada de él, de que por eso lo disculpa y hasta lo justifica, de que se quedó pillada desde aquello, de que su actitud no es sana ni es normal. El peaje que deberá pagar a cambio, eso sí, será duro. No tiene claro que quiera enovarse con nadie y mucho menos acostarse con nadie. En su diario escribió con desparpajo que se acostaba con el Viejo, pero se refería a echarse al lado y a permitir que la manoseara. Escribirlo fue horrible, por lo visto, pero hacerlo con cualquiera que tenga su edad, eso está bien, y al parecer es lo que se espera.

Retrasado no es la palabra que utilizaron cuando hablaron con ella, pero Casi la oyó varias veces, sobre todo al principio, cuando sus padres estaban tan preocupados y tan, tan enfadados que ni ante su presencia se mordían la lengua: *subnormal*, *tarado*, *loco*, indistintamente. *Discapacitado mental*, lo llamaron luego, y también *persona con retraso*, que es menos insultante que *retrasado*. De todas las acusaciones, Casi cree que esta es la más absurda. El Viejo tiene una inteligencia que los demás no entienden, eso es todo. ¿Quién de ellos es capaz de retener el nombre de miles de pájaros en latín y de especificar, una por una, sus características? ¿Podrían ellos reconocer y distinguir sus cantos, tienen oído suficiente para esas sutilezas? ¿Y las canciones de Nina Simone, palabra por palabra, todas las letras y sin saber inglés? ¿Y su vida al detalle, su biografía desgranada mes a mes? El Viejo les da mil vueltas a todos ellos.

Hace poco, en clase de historia del arte, les hablaron de Van Gogh. Les dijeron que ahora se considera un genio pero que en vida lo tomaron por loco y hasta por retrasado. A veces se ponía violento y armaba bulla en el vecindario. Se cortó un pedazo de oreja. Terminó suicidándose. El Viejo no se ha cortado nada, que ella sepa, ni le ha hecho daño a nadie. Sin embargo, a él también lo tildan de retrasado, aunque por otras causas. Su madre la sentó, trató de

explicárselo con educación, para que no se sobresaltase. Ese hombre, le dijo, venía con una tara de nacimiento, una tara que no puede curarse. Sucede en ciertas familias, cuando los niños nacen como no debieran. En familias pequeñas, añadió, que se mezclan entre ellas. Es posible que por eso tenga una noción confusa de las cosas. De las relaciones. No es culpable del todo, pero eso no significa que haga bien juntándose con una niña como ella. Las personas como él, continuó, deberían estar más controladas. Son víctimas pero también pueden llegar a ser culpables. Entonces oyó a su padre refunfuñar a lo lejos. Víctimas, víctimas, repetía cargando la palabra de ironía y de desprecio. El padre no se sentó nunca con ella a explicarle nada sobre el Viejo. Se ponía de los nervios, decía, le sacaba de sus casillas solo pensar en lo que podría haber sucedido. Mi niña, mi niña, decía.

Curiosamente, esos días, su padre dejó de llamarla por su nombre. Empezó a ser *la niña* y, con más frecuencia aún, *mi niña*. A él le afectó mucho más que a su madre todo lo ocurrido. Eso es lo que Casi oyó decir en varias conversaciones. Es *su niña*, explicaba la madre, su única niña, y está destrozado. Que un hombre -que un viejo- le ponga las manos encima a *tu niña* -la sola idea de que un viejo le pueda poner las manos encima a tu niña- basta para hacer enloquecer a cualquier hombre, esto lo puede entender todo el mundo. A él le tenía sin cuidado si el viejo en cuestión no estaba en sus cabales. Se demostró además que era perfectamente consciente de sus actos. Pero ¿qué actos? Solo los que se habían conseguido demostrar. ¿Y cuáles, para ser exactos? La conversación entonces decaía.

Más adelante, el padre la empezó a mirar con suspicacia, temiendo que también estuviese en ella -dentro de ella- la semillita de la podredumbre. Se le veía dudar, abrazar y soltar después con rabia la idea de su inocencia. Entró en su cuarto y rompió el hermoso póster de los pájaros. ¿Desde cuándo te han gustado a ti los pájaros?, preguntaba. Ratas con alas, pajarracos, menudo asco, decía mientras hacía trizas el póster. Rebuscó también en sus estanterías y en el armario, arrambló con todo lo que fuera sospechoso de provenir del Viejo. Y el recelo parecía no tener fin, duró varias semanas. Hasta que se calmó. Más o menos, se calmó. Para mantener esa calma, todos evitaron, eso sí, el uso de algunas palabras incómodas, palabras que antes habían sido más bien tontorronas: *diario* la que más, pero también *cuaderno*, *parque*, *pájaro* y hasta *salchicha*. Nadie escribió un listado de términos prohibidos; no hizo falta: los tres -padre, madre y Casi- los tenían bastante claros.

Le dijeron tantas cosas. Lo de que estuvo en el psiquiátrico por abusar de la mujer de la reserva de pájaros. Lo del retraso mental y la tara de nacimiento. También que pasó por rachas de alcoholismo y que lo detuvieron varias veces por distintos episodios violentos. Rompió mobiliario urbano e intimidó con su actitud a los viandantes, algunos de ellos menores de edad. *Episodio violento* es una denominación tan confusa como *acto obsceno* o *mobiliario urbano*, aunque en este caso nadie se la explicó, y Casi se quedó sin saber. Autolesiones: varias. Intentos de suicidio: dos. El primero ocurrió en el psiquiátrico: consiguió robar veneno para ratas y se tomó todo el que pudo -¡ahora entiende Casi por qué se asustó tanto cuando ella propuso echar veneno en el refugio!-. En cuanto a aquel amigo suyo que se había ahorcado y del que el Viejo heredó su ropa, Casi se pregunta: ¿acaso era habitual eso de matarse en el psiquiátrico? Quizá el Viejo probó el mismo método en su segundo intento -de cuyos detalles no queda constancia-: ahorcarse. Casi ha leído a escondidas el informe que les facilitó el abogado a sus padres. En él se detallaban estos antecedentes con el fin de fundamentar la denuncia, pero estaban escritos de una manera tan rígida y eufemística que Casi apenas pudo interpretarlos. Al principio sus padres iban a por todas, por eso contrataron a ese abogado tan meticuloso. Querían llevarlo a juicio y meterlo entre rejas todo el tiempo posible. ¡Un hombre así es un peligro público!, decían. Luego debieron de pensárselo mejor. A causa del diario y de lo que esto implicaba, porque si no servía de prueba..., ¿para qué servía entonces?

El diario complica las cosas, las ensucia. Es mejor dejarlo de lado, olvidarlo. Ahora ya nadie habla del diario. A ella no se le pasa siquiera por la cabeza escribir otro, ¿para qué? Dejar constancia de la vida que lleva sería muy aburrido, y la imaginación -al menos por ahora- no le está permitida.

Sin embargo, mientras observa al Viejo -mientras observa sus pómulos salientes y su piel amarilla y su elegante pero sucio traje de chaqueta-, el diario está otra vez presente, allí, entre los dos. ¿Por qué escribió todo aquello? La comezón de la culpa es insistente. No queda más opción que afrontarla y confesar.

Leyeron mi diario, explica al fin. El Viejo la mira, al principio sin comprender. Luego dice: ah, eso. En el diario, Casi hablaba del Viejo, hablaba del refugio en el parque, de los operarios, de los días de lluvia y los días de frío, y de cómo esos días se fueron convirtiendo en un problema. Hablaba de los aperitivos que tomaban, con ligerísimas variaciones, claro está -*champán*,

cocaína y salchichas-, y de algún otro asunto menor -regalos, toallas, invenciones: esto no va a contárselo, es demasiado duro.

Es posible que lo leyeran porque ya sospechaban algo raro, al menos desde la aparición de aquel agente de policía que les entregó el requerimiento de la inspección educativa -¿o era de los servicios sociales?-. Sospechaban, sí, la madre debió de llamar finalmente a la tutora y enterarse por ella del asunto de las faltas, pero lo que no podían ni imaginar era lo que ese diario encerraba, que era verdad y era mentira, pero que básicamente era una forma de verdad. La sorpresa debió de ser mayúscula, más todavía que el miedo, porque se tomaron su tiempo antes de actuar y pidieron asesoramiento, de eso a Casi no le cabe duda. Si preguntaban antes, les dijeron, corrían el riesgo de asustarla, y el delito -pues pensaban ya en términos de delito- quedaría impune. El diario no contenía información suficiente para identificar al delincuente, y la que había era confusa y hasta contradictoria. Era mejor pillarlos con las manos en la masa. O casi en la masa: a punto de enfangarse.

Ahora a Casi le espanta pensar que esa última mañana, mientras preparaba la mochila para engañar a sus padres, eran ellos, sus padres, los que la engañaban a ella fingiendo normalidad. No presintió nada, no notó nada diferente cuando salió de su casa y enfiló el camino de siempre hasta llegar el momento en que el trayecto hacia el instituto se pervertía y comenzaba a ser el trayecto hacia el parque -momento en que a los padres, que la seguían en la distancia, debió de latirles el corazón con fuerza-. Se encontró con las mismas personas de todos los días, despreocupada ya por la rutina, con sus auriculares que la aislaban del mundo -*southern trees bear a strange fruit, blood on the leaves and blood at the root-*, mirándose las zapatillas para no levantar la vista y tener que cruzar la mirada con nadie. Llegó al parque.

Ahora deja de hablar. Comprende que, al recordar ese día, está haciendo al Viejo recordar su parte. Ve que le tiemblan las manos -sus manos con los anillos de papel enrollado-. Ha colocado una sobre otra para contener el temblor, o para disimularlo. ¿Y qué más, Casi?, pregunta. ¿Te atraparon, te hicieron daño?

Es incómodo reconocer que a ella la trataron con toda la delicadeza que probablemente le negaron a él. No, no le hicieron nada, dice, ni siquiera le riñeron. De no ser por el Viejo, solo por llevar cerca de tres meses faltando a clase, le hubiese caído una buena. Pero gracias al Viejo recibió dulzura y comprensión -aunque fuesen una dulzura y una comprensión retorcidas, cuyo único fin era que confesara-. Se asustó muchísimo cuando sintió moverse los setos y no fue él quien apareció, sino su madre y después su padre, los dos con

los rostros desencajados. Ay, por dios, ay, por dios, repetía la madre echándose las manos a la cabeza, aunque no había nada allí que justificase esa reacción: solo su hija, Casi, sentada tranquilamente al pie de un árbol, quitándose los auriculares de las orejas, totalmente pasmada.

La sacaron de allí sin preguntarle nada. El padre hablaba por teléfono en voz baja mientras la madre le decía que todo había acabado, que al fin estaba a salvo. Sí, informaba el padre a quienquiera que estuviese al otro lado de la línea: ella está bien, solo un poco asustada, ahora mi mujer se la llevará a casa.

El Viejo tiembla al tomar el testigo del relato. ¡Ya sé, ya lo entiendo! Cuando él entró en el parque, notó que algo raro flotaba en el ambiente. Algo pesado y turbio, como si el aire estuviese cargado de cenizas. ¡Los pájaros estaban callados, habían huido lejos o presagiaban ya el espectáculo! Según se aproximaba al refugio, distinguió el color oscuro de los uniformes policiales - ¡malos recuerdos!-, pero ni por esas consiguió comprender. No tuvo tiempo de reaccionar. ¡Se le acercaron muchos, como si estuviese armado! ¡Lo rodearon!

¿Qué hacía Casi mientras a él le ponían las esposas y se lo llevaban en el furgón? Disimulaba. No reunió el valor suficiente para protestar. Su madre la abrazaba, lloraba con desconsuelo y le pedía perdón por no haber sabido cuidarla como merecía.

Casi no entendía nada.

La camarera ya hace rato que no les quita ojo de encima. ¿Tres horas? ¿Tres horas y media? ¿Cuánto tiempo hace que están ahí ellos dos, Casi y el Viejo, sin consumir nada? Al llegar pidieron dos refrescos, que se bebieron con la mirada baja, sin cruzar ni palabra. Luego empezaron a hablar y desde entonces no han parado. Pero su forma de conversar es extraña para cualquiera que los observe desde fuera. Primero uno habla y el otro escucha, así durante un rato. Luego al revés. No es exactamente un diálogo, sino un intercambio de monólogos, cada uno con su tema, sin relación ni respuesta. Y ahora el Viejo ha empezado a temblar y ha cerrado los ojos: la niña le ha hecho daño. La camarera los mira y a Casi se le ocurre, de pronto, que podría avisar a las autoridades, y que la reincidencia sería contemplada de otra forma -de otra forma peor-. Tiene que desviar su atención, tiene que reconducir todo a un orden. Viejo, Viejo, susurra, vamos a olvidarnos de todo esto, no merece la pena continuar. Mejor cuéntame algo de Nina Simone. Algo que no me hayas contado nunca.

El Viejo tarda en responder, pero el temblor de sus manos remite, los ojos le

brillan otra vez y, tras un par de minutos, consigue al fin hablar. Un coreógrafo colombiano, dice, montó un espectáculo de danza en honor de Nina. Se llamaba Negra barra Anger. Barra no con letra, ¡con la grafía de barra! Y trataba del racismo, ese montaje. La hija de Nina Simone, Lina Simone, iba a ver la representación de la obra en Cartagena de Indias, ¡donde todavía hay tanto racismo! Sí, él se ha documentado sobre la población allí, cuántos son negros, cuántos mulatos, cuántos palenqueros, indígenas o sin pertenencia étnica clara. Le da los números, los porcentajes, que Casi no escucha. Al final, sigue el Viejo, Lina no pudo ir porque hubo un huracán y cancelaron el vuelo. ¡Mala suerte! Pero Lina es una buena hija. Ha recogido el legado de su madre. Canta y denuncia la desigualdad. ¡Es una buena hija!

No han elegido esa cafetería por gusto, sino porque era la más cercana, a tan solo unos metros de donde se han encontrado por casualidad. Fue Casi quien lo reconoció primero -llevaba el mismo traje, los mismos zapatos, ¡aunque está tan delgado!-; él parpadeó unos segundos hasta que comprendió del todo quién era esa chiquilla que lo había llamado, que lo miraba de arriba abajo, sonriente, temerosa, lanzando ojeadas alrededor por si acaso, vamos, Viejo, vamos, podríamos entrar aquí un ratito.

Una cafetería para merendar, con chicas como Casi será dentro de unos años -¡o de unos meses!- y padres con sus hijos y cafés y batidos de frutas. ¿Podría hacer el Viejo ese papel, el de padre de Casi? No, no podría. Salta a la vista que la relación que los une es otra. Lateral y sospechosa. Un viejo que no tiene nada que ocultar no se pone a temblar ante una quinceañera. Una quinceañera que ya no tiene cara de pan no pierde su tiempo con un tipo que va así vestido, como el Viejo. La camarera debe de tener pensamientos similares. Por fortuna, tiene también mucho trabajo, es ella sola quien atiende todas las mesas, y por fortuna también el Viejo ya ha cambiado la expresión, ya no parece hundido sino excitado, y todo es por Nina Simone, o porque Casi continúa preguntándole -con avidez- por Nina Simone.

(Si la camarera tuviese que señalar al culpable en esa relación, no lo dudaría ni un segundo: el viejo, el del traje anticuado y las servilletas de papel enrolladas en los dedos.)

Su hermano volvió del extranjero. Volvió apresurado en cuanto supo -en cuanto le contaron- el lío en que se había metido su hermanita, lo del hombre que la había corrompido, el viejo tarado -retrasado- que ya habían encerrado previamente por abusar de otra mujer, el que la había animado a faltar a clase -o

la había obligado a faltar bajo no se sabe qué coacciones-, el que la confundió y la trastornó y la aisló de sus amigas, el que ha causado que ahora Casi, su hermanita, esté tan descentrada y tan rara. Su hermano cogió el primer avión que pudo y se presentó en la casa preocupado, muy preocupado. La abrazó asustado. Pero Casi se pregunta el sentido de esa vuelta, cuando hacía menos falta que nunca. Venía distinto, Viejo, le cuenta. Venía como si ya no fuese su hermano, sino un hombre mayor, mucho mayor que ella, que supiera a la perfección qué le conviene y qué no. No vino a darme cariño, dice Casi: vino a darme consejo. Lo oyó hablar con sus padres por la noche, cuando estaba ya metida en la cama, los tres confabulando contra ella, analizando sus sentimientos, sus reacciones, dándole la vuelta al pasado -pues antes eran ellos, su hermano y ella, quienes confabulaban contra sus padres, nunca al revés-. No solo había perdido a su aliado, sino que además ese aliado se había puesto en su contra, se había alistado en las fuerzas contrarias. Pasó tres o cuatro días allí, pero Casi no sabe para qué. Salía y entraba, hablaba por teléfono constantemente, Casi sospecha que le contó la historia -su versión de la historia- a todo aquel que pudo, por si podían echar una mano a su hermanita. Su hermano adulto se había corrompido y ya no sabía guardar un secreto. En otro tiempo Casi se hubiese quebrado, le habría confesado lo del diario y lo injusto que había sido todo para el Viejo por su culpa. Pero eso en otro tiempo. Ahora no le quedaba otra opción que callar y asentir. Tranquilo, hermano, puedes volver tranquilo a tus quehaceres, todo está controlado, me has ayudado mucho con tu presencia. Aquel hombre, visiblemente satisfecho por la tarea cumplida, cogió su avión de vuelta y regresó con el mismo apresuramiento con que había llegado. Pero esta vez su marcha fue asumida por Casi con frialdad. No le culpo, dice al Viejo: no es el mismo, pero yo tampoco lo soy.

Durante meses la llevaron a la consulta de una psicóloga. Era una mujer muy amable, que hablaba en voz muy baja y que daba la impresión de dudar de todo, incluso de sí misma. Balbuceaba, daba rodeos y se contradecía todo el rato. Con Casi hablaba de unas cosas y con los padres de otras totalmente distintas -Casi llegó a esa conclusión tras espiarlos-. Les dijo que ella, Casi, estaba muy confundida. Que el problema venía de muy atrás, aunque era imposible determinar la causa. Que tenía pánico de la llegada de su sexualidad y que, inconscientemente, había buscado como aliado a un hombre mayor al que, llegado el momento, podría manejar a su antojo. Esto último era lo que más había indignado a su padre. ¿Su niña *manejando* al viejo? ¡En todo caso al

revés!, susurraba tras la puerta. La madre lo tranquilizaba, le decía que era una cuestión de terminología: el quid estaba en el elemento *inconsciente*, por supuesto que la niña no podía controlar a nadie. A escondidas, Casi escuchaba y se mordía la lengua para no intervenir. ¡Ella jamás le había hablado a la psicóloga de nada de eso! Se limitaba a contestar sus preguntas sobre aficiones, gustos y deseos de futuro, preguntas como las que se haría a una niña con quien no se sabe de qué hablar: cuál es tu asignatura preferida, qué quieres ser de mayor, cuál es el mayor sueño de tu vida. La psicóloga no podía entender hasta qué punto Casi era rebelde con sus respuestas. Hablaba de pájaros y de Nina Simone, trataba de desconcertarla y de sorprenderla: su asignatura preferida era ciencias naturales, de mayor quería ser ornitóloga, su mayor sueño sería viajar al pasado y escuchar cantar a Nina en directo. Pero jamás le habló de sexualidad, ¿por qué todo lo que había dicho lo llevaba hacia ese terreno? Desde el día en que escuchó a sus padres tras la puerta, empezó a mirar a la psicóloga de una forma distinta. Su aire inocente, su piel tan blanca y sus ojos verdes y melancólicos se cargaron de una perversión que le repugnaba. Esa mujer estaba enferma, pensó Casi: enferma de psicología. Se negó a hablar más con ella y finalmente sus padres cancelaron las sesiones.

Aunque en una sesión hablaron del diario. La psicóloga le preguntó cuánto tiempo hacía que lo escribía. No recordaba, dijo Casi. Lo escribía solo a rachas. Había períodos en que escribía mucho y otros en que no escribía nada, absolutamente nada. ¿Y a qué obedecían esas rachas? ¿Escribía cuando se sentía mal o cuando se sentía bien? Lo segundo: cuando se sentía bien. Entonces, ¿lo que escribió de ese hombre...? Casi no dijo nada. No entendía la pregunta. ¿Cuál era la pregunta? La psicóloga parpadeó. ¿Cuando escribías sobre ese hombre te sentías bien? Casi dijo no, luego sí, luego que no era fácil de explicar: estaba acorralada. Porque lo que escribiste, continuó la psicóloga, eran cosas repugnantes. Las copié, dijo Casi. ¿Las copiaste de dónde? ¿Las copiaste o te las dictaron? ¿Te las dictó ese hombre? ¿Te pidió que las escribieses para leerlas él después? La psicóloga se estaba pareciendo a un agente: su tono inquisitivo, formulístico y delator. Casi retrocedía en su silla, se aplastaba contra el respaldo, quería huir. Las copié de un libro, tartamudeó. Un libro que encontré en la biblioteca. La psicóloga la contempló con seriedad unos segundos, en silencio. Después esbozó una mueca, que terminó convirtiéndose en sonrisa, una dulce sonrisa. No debes preocuparte, le dijo: imaginar no es malo, el único problema es que a veces la imaginación se desboca y ciertas personas malas pueden

aprovecharse de nuestra falta de control. Casi asintió sin entender. La psicóloga insistió en que no debía preocuparse lo más mínimo por el asunto del diario. Pero Casi pensó: si es así, ¿por qué ha sacado el tema? Ya no podía olvidar la seriedad con que la había mirado antes de absolverla. Era una seriedad que contenía un juicio extremadamente severo, con una parte de reprobación y otra de asco. Para la psicóloga, Casi debía de ser como una chica poseída por el diablo.

Tampoco de esto le cuenta nada al Viejo. No, no la medicaron a la fuerza, ni la metieron en una sala de aislamiento, ni la ataron a una silla. Pero se sintió humillada de otra forma. Lo único que le dice es: ¿quiénes son ellos para creerse que pueden entendernos? ¡Como pollos rellenos!, dice el Viejo. Los abren y los vacían y después rellenan el hueco con lo que piensan que es mejor, y listo, ¡al horno! ¡Cocinados al gusto de la psicología!

La camarera los interrumpe justo entonces, apoyando una mano en la mesa, entre ellos, su brazo con la manga remangada, la camisa de rayas, un montón de pulseras de colores brillantes, su tintineo invasivo. ¡Cocinados al gusto de la psicología!, está diciendo él en ese instante, y ella: chicos -¡chicos!-, no podéis estar ocupando la mesa tanto tiempo sin consumir, me temo que o pedís otra cosa o tenéis que iros ya. Claro, claro, concede el Viejo. Perdón, murmura Casi. Ninguno levanta la vista -solo clavan los ojos en el brazo, el brazo ejecutor y decisivo de la camarera-. Os doy cinco minutos, anuncia ella al darse la vuelta, su voz seca, tajante, indiscutible. El reloj comienza a marchar hacia atrás.

¿Recuerdas cuando hablamos de casarnos?, dice el Viejo entornando los ojos, apurando los últimos minutos. Sí, dice Casi, y se abochorna profundamente. Él extiende las manos hacia ella, sus dedos coronados con los anillos de papel. En la reserva de pájaros donde trabajó, le cuenta, ayudaba a la mujer del guarda a anillar pájaros. ¡Era como una forma de boda, de unión hasta la muerte! Anillar pájaros es una labor que exige una gran delicadeza, ¡tienen todas las patas tan finas y tan frágiles! A él las anillas le parecían preciosas. Ligeras, de aluminio, con los dígitos pertinentes impresos para no olvidar dónde, cuándo ni quién anilló cada ejemplar. Un pájaro que se anilla aquí puede aparecer años después a diez mil kilómetros de distancia. ¡Puede pasar! Gracias a una pequeñísima anilla se pueden rastrear multitud de datos, la historia de una vida: adónde migró el pájaro, cuánto vivió, qué comió y de qué murió. Una vez él atrapó una pardela que había sido anillada cincuenta años antes. ¿Te das cuenta, Casi? ¡Cincuenta años! Estaría bien que ellos dos pudiesen llevar unas

anillas así toda la vida. Aunque no se volvieron a ver nunca jamás, se sabría cuándo y por qué se las pusieron. Pero no hay anillas así para las personas. Nadie anilla a nadie y luego lo deja volar libre, como hacían ellos -esa mujer y élen la reserva, con los pájaros.

El Viejo se va sacando uno a uno los aros de papel enrollado, los va rompiendo a medida que se los quita, dejando la mesa llena de papel desmenuzado. Al final se queda solo uno, el del dedo anular, que mueve arriba y abajo, señalándola. ¿Lo quieres?, dice al fin. Ella se ríe, asiente. Pues entonces debe hacer otro igual para él, deben intercambiárselos, ¡como en las bodas de verdad! Sin dejar de reír, Casi coge una servilleta, la rompe en tiras, enrolla una de las tiras con dos dedos, forma un anillo. Toma, dice, y al decirlo mira de reojo a la camarera, que ya está realmente cabreada porque han pasado los cinco minutos y ahí siguen esos dos, rebajando el nivel del lugar, jugueteando con trozos de papel, ensuciándolo todo, entrelazando sus dedos sin respeto, sin decoro, desobedeciendo a la autoridad. Los ve levantarse: el viejo ridículo, patético, con pinta de colgado y de enfermo, y la niña destartalada, con la ropa grande, creyendo que así oculta los kilos que le sobran, la niña acomplejada, rara y boba. Los ve caminar hacia la puerta, ya sin mirarla a ella, sin despedirse siquiera, sin agradecer el tiempo de gracia que les ha concedido, saliendo a la calle absortos en ellos mismos, pareja inadmisibile, sin sentido, deteniéndose un poco más allá fuera, sobre la acera estrecha y sucia, mirándose sin hablar, sin tocarse, y luego el giro, cada uno hacia una dirección, el viejo hacia la derecha, cabizbajo, asimétrico, su caminar de loco, hacia el pasado; la niña hacia la izquierda, cabizbaja, asimétrica, su caminar de loca, hacia el futuro.

NOTA DE LA AUTORA

La historia de *Cara de pan* tiene su germen en el cuento «A contrapelo», que escribí para la antología *Riesgo* publicada por la editorial :Rata_ en 2017. En su trasvase al nuevo texto, los personajes han sufrido modificaciones sustanciales y la historia ya es otra, pero si alguien quiere rastrear el origen, está ahí, en ese cuento.

El diálogo que mantienen Casi y el Viejo sobre la existencia de un pájaro sin patas está prácticamente calcado de la obra teatral *Orfeo descende*, de Tennessee Williams, aunque he de confesar que el primer conocimiento que tuve de esta bella metáfora fue a través de su adaptación cinematográfica, la película *Piel de serpiente*, de Sidney Lumet, protagonizada por Anna Magnani y Marlon Brando.

Aunque la historia, los personajes y los escenarios de *Cara de pan* son completamente inventados, durante todo el tiempo de escritura tuve presentes ciertos lugares del parque Amate en Sevilla y su entorno, lugares por los que me moví frecuentemente cuando tenía la edad de Casi, de lo que hace bastante.